



TEMBLANDO

MANU PONCE

TEMBLANDO

Primera edición.

Temblando

© 2020, Manu Ponce.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1: Erotismo y placer \(Lara\)](#)

[Capítulo 2: Deseo y sexo \(Sebastian\)](#)

[Capítulo 3: Sensualidad y sumisión \(Lara\)](#)

[Capítulo 4: Deleite y lascivia \(Sebastian\)](#)

[Capítulo 5: Goce y pasión \(Lara\)](#)

[Capítulo 6: Libido y lujuria \(Sebastian\)](#)

[Capítulo 7: Amor y revelación \(Lara\)](#)

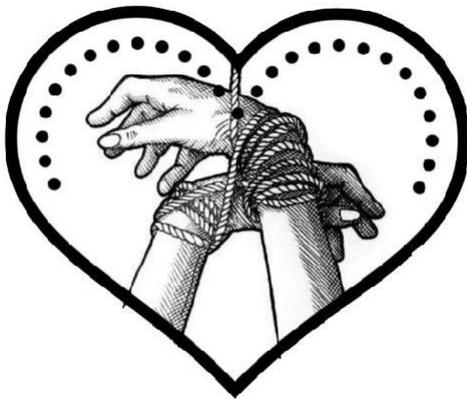
[Capítulo 8: Comienzos y azotes \(Sebastian\)](#)

[Capítulo 9: Cariño y satisfacción \(Lara\)](#)

[Capítulo 10: Magia y corazón \(Sebastian\)](#)

[Capítulo 11: Ternura y caricias \(Lara\)](#)

[EPÍLOGO: Eternidad \(Sebastian\)](#)



Capítulo 1: Erotismo y placer (Lara)

Hoy hace siete que años que me separé de mi marido y no podría ser más feliz. He vivido mis mejores años, envueltos en lujuria y desenfreno, el paraíso del pecado en la Tierra. Me llamo Lara y voy a comerme el mundo.

Vivo en una mansión, a las afueras de Londres y me siento la Reina de Inglaterra. Todo el mundo me conoce, aunque nací en España y me he criado la mayor parte de mi vida en Madrid.

Me vine a vivir a Londres ya hace bastante tiempo, cuando me enamoré en unas vacaciones desastrosas por aquí, de nada más y nada menos del que sería uno de los miembros más importantes de la Cámara de los Lores, del parlamento del Reino Unido.

No duramos más que cinco años casados y la verdad es que fue culpa mía. Me pilló en dos ocasiones en un par de salas donde el sexo y las inhibiciones estaban a la orden del día.

No estaba enamorada de él, ahora sé que no lo estaba y que solo era un capricho pasajero. No sé ni por qué nos casamos, a sabiendas de que lo nuestro tenía fecha de caducidad.

Yo no he necesitado trabajar nunca. Con los ahorros que me dejaron mis padres cuando me independicé y la pensión por orfandad que me dieron por dos años, el seguro que contrataron mis padres antes de fallecer en un fatídico accidente de avión.

Todo el dinero que tenía, lo invertí en Bitcoins y hoy soy millonaria, la verdad es que pisé una mierda, no nos vamos a engañar. Y por eso, hoy en día, tengo una mansión, una colección de coches y el yate más grande de Inglaterra.

Mi principal hobby es organizar fiestas en mi mansión donde lo más suave que puedes encontrarte es una orgia en mi salón. Todos me conocen como Diosa, aunque saben quién soy.

Nadie pregunta, nadie responde, cuando se traspasan las puertas de mi casa pasadas las doce, no existe nada más que el placer y lo que pasa en mi casa, se queda en mi casa, esa es la principal norma.

Mañana he organizado una de mis fiestas. La temática elegida es Catrinas y Esqueletos bajo el nombre de: “Corrómpeme hasta los huesos”.

Mis fiestas siempre son temáticas. Adoro los disfraces y a mis invitados les gusta, así que ganamos todos. Tengo gente asidua, que no se pierde ninguna fiesta, y luego hay gente que viene para experimentar, por recomendación o curiosidad, y se acaban quedando.

Ya lo tengo todo más que preparado, así que solo me queda esperar a que salga todo bien y nadie me estropee la fiesta, nunca mejor dicho. Me preparo y me doy una ducha antes de ponerme mi pijama de seda, que seguramente me quitaré en cuanto me meta en la cama.

El servicio prepara algo de cena mientras acabo de ultimar los últimos detalles. Miro las redes y ya se han apuntado a la fiesta, fuera de los habituales, más de cincuenta personas, curiosas por saber qué se cuece aquí.

Tras la cena, me meto en la cama y reviso las redes sociales, que están en su punto más álgido, parece que está de moda experimentar sexualmente y la sumisión desde que salieron algunas novelas sobre el tema.

Pero ni esto es una novela, ni las historias que salen ahora sobre el BDSM son reales. Desde que me separé de mi marido lo he practicado, tanto como sumisa, como madame. He aprendido de los mejores, verdaderos dioses en el campo, Einstein del sexo.

Hoy puedo decir, tras siete años jugando y trabajando en el arte de esta variedad sexual que, de todo lo que se escribe o se enseña, no hay ni un uno por ciento de realidad. Que nada es tan feo o bonito y que se han documentado con aprendices del extrarradio.

Niego con la cabeza y apago la luz principal con un par de palmadas y quedando encendida

únicamente la de la mesita de noche. Como cada noche, abro mi libro por donde se encuentra el marcapáginas y sonrío.

Suspirándote, de Manu Ponce, la cosa promete. Inicio la lectura acariciando mis pezones, que están duros como diamantes y cuanto más avanzo, más va en aumento mi excitación, hasta el punto en el que mi mano baja, metiéndose descarada dentro de mi braguita.

Alivio el picor que no siento, pero que me gustaría sentir, ese picor que se esfumó en cuanto me entregué al placer a diario, dejándome llevar por mis impulsos de cuerpos hasta llegar al éxtasis.

Una vez satisfecha, limpio mi mano y mi sexo con las toallitas que tengo en el primer cajón de la mesita de noche, exclusivamente para eso y coloco nuevamente el marcapáginas en el libro antes de dejarlo sobre la mesa y apagar la luz.

Cierro los ojos y espero a que el sueño me lleve al mundo donde todo es posible. Y allí me hace ir, una fiesta de fantasía donde hombres y mujeres a partes iguales me miran con ojos de deseo. ¿Y a quién no le gusta sentirse deseada?

Abro los ojos y parece que apenas he dormido un par de horas, pero son casi las once de la mañana. Me doy una rápida ducha y salgo al salón para desayunar. Tengo al mismo chef desde hace cinco años y ni siquiera sé cómo se llama.

Es un buen hombre, pero no habla nunca y cuando digo nunca, es nunca. Debe de tener unos cuarenta años, como yo, de pelo moreno y piel bronceada. Sus ojos son verdes y tiene un culo de quitar el hipo. Yo es que me dijo mucho en los culos, qué le vamos a hacer.

Me bebo el café y como unas tortitas con frutos rojos que el chef ha preparado antes de concluir con un vaso de zumo de naranja. Al terminar, llamo al chófer, necesito que me lleve a comprar algunas cosas para la fiesta de esta noche antes de pasar a por mí sesión de peluquería y maquillaje de catrina.

Subo al coche y voy directamente a la tienda de juguetes eróticos de Londres, de la que soy cliente Vip. Me llevo dos bolsas llenas de juguetes para la fiesta y las coloco en el maletero antes de marcharnos directamente a mi peluquería. He pedido hora en la peluquería más prestigiosa de Londres.

Es la única capaz de maquillar una cara de catrina en menos de cuatro horas. Ya lo han hecho antes, lo he visto en su página *web* y es impresionante, por eso me voy a dejar casi cuatrocientos euros entre la cara y el pelo. Quiero un peinado exclusivo, que llame la atención. Por algo soy la anfitriona, ¿no?

Cuando entro por la puerta, ya me siento en otro mundo. Me entregan una copa de cava y se encargan de mi bolso antes de colocarme una bata de seda y sentarme en uno de sus sillones de masajes para atenderme. Ya que voy a pasarme más de cuatro horas sentada, es bueno que mimen mientras tanto el cuerpo.

Cuatro horas y media después y casi quinientos euros menos, salgo de la peluquería hacia el coche y le pido al chófer que ponga el aire, no solo por el sofocante calor que hace, sino porque las chicas me han dicho que no puedo sudar o todo habrá sido en vano. Incluso con los polvos que me han puesto, no es suficiente.

Llegamos a casa y tras dejar en la bandeja de la sala principal todos los juguetes sexuales, para que los invitados puedan escoger el que mejor les vaya para lo que tengan pensado hacer.

Ya está todo listo y queda menos de una hora para que empiece la fiesta. Ni siquiera he comido, pero ahora ya no puedo hacerlo, sino me destrozaré el maquillaje. He llamado a alguno de mis sumisos, no solo para que formen parte de la fiesta, sino para que se encarguen de servir copas a los demás asistentes, como si fueran camareros.

Los canapés que encargué ya han llegado y la ambientación que he comprado ya ha sido puesta por el equipo de decoración al que se lo he encargado. Apenas faltan ya unos minutos y el rugido de los primeros motores se escucha en la puerta, donde el chófer, convertido ahora en aparcacoches, se encarga de organizarlo todo para que entren en nuestras tierras los más posibles.

La música ya suena en la mansión y los primeros invitados traspasan mis puertas. Los saludo en la recepción y voy colocando unas pulseras de color en sus muñecas.

Las pulseras se clasifican en función de lo que busquen, para que nadie se sienta incómodo o acorralado durante la misma. El invitado puede cambiar su color de pulsera a lo largo de la noche, dependiendo de las necesidades que tenga en cada momento.

Las pulseras azules se entregan a aquellos que vienen en pareja y no desean un tercero en discordia, solo mirar y excitarse, para después jugar entre ellos mismos.

Las pulseras rojas son para aquellos solitarios que buscan una pareja con la que disfrutar durante la noche. Ellos deciden y aceptan con los otros, los juegos que están dispuestos a experimentar.

Las pulseras blancas son para aquellos que solo buscan sexo convencional, sin emociones fuertes, es para personas que no tienen sexo a menudo y vienen a estas fiestas con la única pretensión de, como dice mi querida amiga Beatriz, mojar el churro.

Las pulseras lilas son para aquellos que buscan relaciones con el mismo sexo o tríos, luego ya se apalabra qué tipo de sexo se va a llevar a cabo a lo largo de la noche.

Las pulseras negras son para aquellos que juegan duro, que escogen como opción en la fiesta el BDSM, los atrevidos que buscan cómo entremezclar el dolor y el placer para conseguir la experiencia más placentera de sus vidas. Yo soy una pulsera negra, la mejor.

Todos van proveyéndose con bebidas y canapés y otros bailan en el centro del salón de una manera más que sensual, buscando ser el centro de atención para cazar alguna presa que llevarse a la boca, literalmente.

Todos llevan máscaras, algunas de material y otras maquilladas, como la mía. Muchos llevan

mallas y camisas con huesos dibujados, como disfraces de Halloween y las mujeres faldas mejicanas y camisas blancas.

Muchas mujeres llevan velos negros, como es costumbre en la cultura, pero yo no, no quiero parecer una viuda, sino una diosa deseable para todos los que traspasen mi puerta, sean hombres o mujeres, quieran colocarse entre mis piernas.

Todos los invitados están ya en mi casa, no cabe un alfiler. Tengo más de veinte habitaciones listas para el disfrute, pero hoy ha venido mucha gente y no estoy segura de que sea diferente. Espero que no manchen el sofá o ensucien la piscina con sus fechorías.

Llega mi momento. Todos están en la sala principal y atentos. La mayoría son asiduos a mis fiestas y saben lo que ahora se avecina. Llevo preparando esto casi una semana. Cuando le hago una señal a uno de mis sumisos, este atenúa las luces.

Me subo encima de la mesa mientras suena una de mis canciones preferidas, Wicked Game, de Chris Isaak. Para mí es una de las canciones más sensuales que han sido cantadas en la historia de la música.

Empiezo a contonearme mientras los asistentes me miran atónitos. Siempre les deleito con alguno de mis bailes, por supuesto, preparados con anterioridad. Sé que les gusta y adoro complacerlos.

Contoneo mis caderas mientras me voy quitando la camisa, dejando al descubierto mi corsé italiano de pedrería, el cual acaricio sensualmente mientras bailo al son de la música.

Masajeo mis pechos antes de darme la vuelta y mover mi trasero mientras bajo mi falda con pericia, provocando algún que otro suspiro en la sala. Mi cuerpo es perfecto, lo he trabajado mucho para que lo sea. No es que sea perfecto para los demás, es perfecto para mí.

Dejo al descubierto el pequeño tanga, también de pedrería, que momentos antes cubría mi cuerpo y ya solo poseo la ropa interior, mis tacones negros y el ligero. Busco con la mirada, mientras

sigó bailando, al afortunado que pasará la noche conmigo.

Solo busco pulseras negras, por supuesto, al igual que la mía. No me van los juegos de niños, yo siempre juego fuerte y no me vale cualquier hombre, siempre escojo la excelencia de la sala.

Y por fin lo encuentro, está ojeando el teléfono, apenas me mira, es el único que no está observando el espectáculo con atención. Su traje y su camisa Slim marcan cada centímetro de su cuerpo, que es exactamente como a mí me gustan.

Lo señalo y, aunque al principio no se da por aludido, porque no está prestando atención, otros invitados lo traen de nuevo al mundo real y posa sus ojos en mí, antes de acercarse sin dejar de romper nuestras miradas.

Acaricia mis piernas con pericia, sin cortarse y acaba retirando suavemente la liga de mi pierna derecha con los dientes, recorriendo mi piel con sus labios, caricia que me eriza hasta las entrañas.

Una vez la retira por mi tacón, se sube también a la mesa y me pega a su cuerpo antes de morder el lóbulo de la oreja antes de susurrarme al oído de la manera más erótica que he escuchado jamás.

Me encanta ver cómo te tiembla el alma con un solo roce de mis labios.

No dice nada más, simplemente vuelve al lugar donde se encontraba durante el baile, antes de que lo reclamara. Yo, por el contrario, finalizo mi baile antes de bajar de la mesa y tomarme un sorbo de champan de una de las copas que los camareros ofrecen.

Solamente llevo mi ropa interior y los tacones, pero no me importa, es más, me sobran, adoro ir desnuda por mi propia casa o en casas ajenas y me importa bien poco lo que digan de mí, los retrógrados no tienen cabida en mi vida.

Bien, doy por inaugurada la fiesta. Para los veteranos, ya sabéis cómo funciona esto. Para los nuevos, os he preguntado en la entrada vuestros gustos e intenciones y os he entregado unas pulseras, además de haceros firmar un contrato de confidencialidad. Solo podéis relacionaros sexualmente con personas con pulseras de vuestro mismo color. Si en algún momento queréis cambiar de color, encantados os ayudarán mis sumisos o yo misma. Y ahorra, amigos míos, disfrutad mucho de la fiesta y correos a mi salud – alzo la copa y todos lo hacen antes de tomar un trago dando por iniciada la bacanal.

Me acerco entonces al muchacho que hace un momento se ha deshecho de mi liga con los dientes, pero no lo encuentro. No sé para qué ha venido si no presta atención a su alrededor y después desaparece cuando se inicia la fiesta.

¿Es que acaso no le interesa lo que ocurre aquí? ¿Para qué demonios ha venido entonces? Es uno de los nuevos, de eso no me cabe duda, lo sé porque un veterano nunca reaccionaría como él lo ha hecho y lo habría visto antes por aquí.

Me acerco a *Jack*, uno de mis sumisos, mi preferido, y lo tomo de la correa para llevármelo al sofá. Tiro de la cadena con fuerza para que su cuello quede expuesto ante mí y paso la lengua por este, despacio, está delicioso. Lleva crema de coco, como le pedí.

Está duro, lo noto por la protuberancia bajo sus pantalones. Así es como me gusta que esté, caliente por mí, solo por mí. Sonríe perversa y dejo que acaricie mi cintura como premio.

Puede que no sea gran cosa, pero para él, es un premio sublime, poder acariciar el cuerpo de su dueña y que esta le dé permiso, es como si fuera Navidad y le hubiesen regalado mil euros.

Tomo otro sorbo de mi copa, dejándola vacía y le pido que me la llene de nuevo. Lo hace de manera servicial y yo aprovecho para mirar a los asistentes. Algunos buscan su pareja de noche, otros escogen los juguetes que van a utilizar.

Algunos se han marchado ya a las habitaciones y otros simplemente están charlando, buscando conocerse. Alguien se sienta a mi lado y cuando me giro veo que es el impresentable que me ha

dejado tirada, el tío de la liga.

Pensé que te había dado miedo lo que habías visto y habías huido como un cobarde.

Fui al baño, quería asearme. Uno de tus empleados me indicó donde estaba.

No son mis empleados, son mis sumisos.

Por supuesto.

¿Y a ti, qué? ¿Te gustaría serlo también? Busco carne joven, fresca, corrompible.

Soy *switch* preciosa, no me gusta ser siempre el complaciente, sino también el que complace.

Entonces lo podemos pasar muy bien, ya que a mí también me gusta jugar en ambos bandos.

¿Cómo te llamas?

Soy Diosa, la diosa, tu diosa. ¿Y tú eres?

Encantado Diosa, yo soy Sebastian.

Encantada Sebastian.

Me gustaría pasar la noche contigo.

Puede ser interesante. Ven conmigo y te enseño mi cuarto.

Ambos nos levantamos. La verdad es que estaba cabreada, pero ahora que sé que no se ha ido y

simplemente estaba en el baño, las tornas han cambiado. Quiero tener a este hombre entre mis piernas esta noche, sí o sí.

Entramos en mi cuarto, pero no quiero que me toque. Soy la exmujer de un miembro del Parlamento y no es la primera vez que se acercan a mí para después chantajearlo a él con mis prácticas sexuales.

No enciendo la luz, las velas iluminan la estancia y es suficiente, además, crea una atmósfera de lo más atrayente, excitante y sexual. Me muero de ganas de jugar con él, de arrancarle la ropa, pero me contengo, primero necesito que tenga la boca cerrada de cara a la galería.

Si quieres estar contigo, necesito que firmes un contrato de sumisión y de confidencialidad. No es nada personal, lo hago con todas las personas con las que estoy. Soy una persona que se cubre las espaldas, ya me entiendes... – Lo veo asentir y abro uno de los cajones de la cómoda para sacar el contrato. Se lo entrego y empieza a leerlo con detenimiento...

CONTRATO DE ENTREGA EN ESCLAVITUD

Por medio de esta declaración, me comprometo ante Ama Diosa a:

1. Entregarme a Ama Diosa en esclavitud por voluntad propia en prueba de mi adoración y amor incondicional hacia ella, considerándola desde este momento como mi única ama y dueña.
2. Prometer obediencia absoluta a mi Ama, acatando y cumpliendo cada una de sus órdenes de la mejor manera posible y bajo cualquier circunstancia.
3. Adorar y venerar a mi Ama, sin importar la humillación o vejación moral que sus actitudes puedan producirme.
4. Declarar que mi cuerpo y mi voluntad son desde hoy propiedad privada de mi Ama Diosa, aceptando con naturalidad el uso que ella haga de mí en cualquier circunstancia.
5. Llevar desde hoy con orgullo el collar y código que ella designe como mi nuevo nombre y que me identifica como esclavo, el cual es distintivo de quienes son propiedad exclusiva de Ama Diosa.

6. Aceptar y soportar cualquier castigo que mi Ama Diosa decida aplicarme con o sin motivo, suscribiendo así a la total confianza que como esclavo tengo en el justo juicio de mi nueva dueña y señora.

7. Ceder mi cuerpo para cualquier uso que mi Ama decida en pos de su propio placer, esforzándome en mis tareas para lograr su máximo placer y total felicidad.

8. Aceptar las prohibiciones y restricciones que mi Ama decida imponerme y agradecer las mismas del mismo modo que agradecerle las eventuales recompensas que reciba.

9. Desistir de todo contacto con cualquier otra Ama que deseara utilizarme y con el mundo BDSM en general, reafirmando así mi total atención y servilismo a mi única dueña.

10. Aceptar la convivencia con los demás esclavos de mi Ama, ocultando y reprimiendo cualquier signo de sentimiento personal para con los mismos.

11. Someterme a la voluntad de mi Ama en esclavitud hasta cuando ella lo decida. En el caso de ser liberado de mi condición de esclavitud, deberé aceptar dicha decisión sin protesta ni disconformidad.

12. No esperar jamás recompensa alguna por mi desempeño como esclavo, siendo mi mayor logro y premio, la felicidad de mi dueña.

13. Suscribo los puntos anteriores y suplico la aceptación y aprobación por parte de Ama Diosa.

14. Acepto la condición unilateral de que solo Ama Diosa, podrá eventualmente terminar este contrato si ella así lo decidiera.

15. Me comprometo a no ofrecer ningún tipo de información sobre mi Ama Diosa o sobre las prácticas que aquí se llevan a cabo, priorizando la confidencialidad por encima de cualquier cosa.

En caso de difundir cualquier tipo de datos, deberé indemnizar a esta con un millón de libras esterlinas en un plazo de diez días.

16. En presencia de Ama Diosa, firmo al pie y entrego este documento en mano a mi nueva dueña con lo que queda ratificado mi estado de esclavitud absoluta e indeclinable.

.....

Veo que lo mira y remira, leyéndolo con detenimiento hasta que, finalmente, coge la pluma que le ofrezco y lo firma sobre la cómoda. Después me entrega el contrato y aquello con lo que lo ha firmado y yo lo guardo nuevamente.

Ahora ya todo está atado, ya no preocupa nada más. Es hora de jugar como a ambos nos gusta. No me andaré con tonterías, nunca lo he hecho y creo que es mejor así, directos al grano.

Me siento en la cama y le pido que me acompañe. No tarda mucho en hacerlo y mirarme con lascivia, pero no permitiré que tome las riendas. Esta es mi casa, mi mundo y deben seguirse mis reglas.

Las puertas se abren y entran dos de mis sumisos para sujetarlo por los brazos y ponerlo contra la pared. Eso hace que mi sexo se humedezca y me levanto, para encaminarme a mi armario del placer y coger un látigo.

Me acerco a Sebastian y sonrío tras mi máscara mejicana. No voy a portarme bien con él, aunque eso lo sabemos ambos. Sabemos para qué hemos venido y los dos hemos aceptado jugar con el otro.

Esclavos, arrancadle la ropa.

Lo miro de arriba abajo, desde luego es mi prototipo de hombre, aunque no se lo haré saber, no quiero que se le suba a la cabeza. La idea siquiera de jugar con ese cuerpo me excita sobremanera.

Es más, ya estoy más que húmeda solo de pensarlo y se me están pasando por la cabeza mil y una cosa que me encantaría hacerle.

Mil esbirros cumplen mis órdenes y le quitan la ropa en un suspiro y yo lo analizo de arriba abajo. Pelo moreno, ojos atrayentes, cuerpo musculoso, aunque no demasiado marcado, pectorales definidos.

Es realmente interesante y, sobre todo, algo que me atrae mucho, su cuerpo está depilado, no tiene un solo pelo de tonto, y eso me encanta. Odio el pelo. Parece que está hecho para mí. Lo vamos a pasar la mar de bien.

Me muerdo la uña mientras acaricio mi pelo creando tirabuzones con mis dedos, buscando tentarlo. Puede que no sea asiduo a estas fiestas, pero parece que conoce este juego y yo estoy deseando jugar.

¿Quién osaría rechazar a este delicioso pastelito?



Capítulo 2: Deseo y sexo (Sebastian)

Lara es perfecta. Ella no lo sabe, pero siempre ha sido la mujer de mi vida, mi amor platónico desde la adolescencia. Me ha quedado claro que no me reconoce. Esperaba que lo hiciera al entrar en la fiesta que había organizado, pero, ¿cómo iba a hacerlo?

La deseo, la deseo como no he deseado nunca a nadie, es algo que me quema por dentro y que solo ella es capaz de aplacar. Ella es el agua que calma mi sed, la paz de mi tempestad.

Mi cara está cubierta de maquillaje, simulando una calavera. Parezco salido de uno de los *videoclips* de *Lady Gaga*, pero no me importa. Llevo más de veinte años buscándola y por fin la he encontrado.

Finjo que soy experto en el tipo de sexo que ella reclama, pero no es así. No tengo ni idea, apenas sé algo de cultura general por libros que he leído por simple curiosidad. Si quiero conquistarla bajo la máscara de sus juegos, necesito aprender para darle todo lo que ella necesita, para enamorarla.

Intento no parecer desesperado por ella, incluso quiero parecer indiferente y creo que he podido conseguirlo, pero cuando me señala y me acerco sé que estoy perdido y que no hay nada que pueda ocurrir para que me aleje de esta diosa que se ha adueñado de mis sueños desde que la conocí.

Me acerco serio y retiro su ligero con los dientes de la manera más sensual posible, sin parecer desesperado, pero que me tenga en cuenta, que no se le olvide quién soy y que puedo hacerla temblar si es que quiere.

Recuerdo cuando éramos más jóvenes, en España. Íbamos juntos a la facultad y nos sentábamos en sillas contiguas. Al principio, era la chica más tímida del aula, pero, poco a poco, se fue soltando, o al menos lo hizo conmigo...

—*Hola, soy Sebas. ¿Y tú?*

—*Lara.*

—*¿Te gustaría estudiar esta tarde conmigo en la biblioteca?*

—*La verdad es que no tengo muchos planes, así que me apunto.*

—*Perfecto. ¿A las cinco?*

—*A las cinco.*

Y ese fue el inicio de todo. Primero compañeros de estudio, luego compañeros de trabajo, después amigos y finalmente nos fuimos acercando, poco a poco, hasta que la chispa surgió.

Nuestra historia no fue la típica, de esas en las que un chico y una chica se enamoran y viven un cuento de hadas. Este amor se forjó a fuego lento y no fue tan fácil como pueda imaginarse, ni un flechazo.

Todavía recuerdo aquel día, cuando nos besamos por primera vez. Era una tarde otoñal, caminábamos por uno de los paseos de Madrid y pisábamos las hojas secas que se habían desprendido de los árboles.

Yo solo tenía ojos para ella, paseábamos de la mano y el solo tacto de las yemas de sus dedos me hacía temblar, no solo el cuerpo, sino también el alma. Sonreía como un tonto al mirarla.

Nos sentamos en el parque de El Retiro, sobre una pequeña manta y sacamos la comida de la cesta. Habíamos planeado un *picnic* tardío y todo estaba preparado. Tomamos una copa de vino mirando el cielo en silencio.

Ese pequeño gesto en plena urbe era rozar el cielo con la yema de los dedos. El silencio lo inundaba todo y era una sensación apacible, difícil de conseguir en medio de la urbe.

Entrelacé sus dedos con los suyos y la miré a los ojos. Le había dicho todo lo que sentía por ella

y, aunque era algo reservada en lo que a sentimientos se refería, me lo demostraba de muchas otras maneras.

Con la mano libre acarició mi pelo y lo apartó de mi ojo derecho antes de besarlo. Yo sonreí ante ese gesto tan íntimo y acaricié su mejilla mientras colocaba allí un beso. Ella me respondió con un suspiro y acerqué la punta de mi nariz a la suya, al estilo beso de esquimal.

Seguimos mirándonos a los ojos y entonces recorro sus labios con mi dedo antes de llevármelo a la boca. Ella se los humedece acto seguido y se acerca un poco más a mí y entonces lo hago.

Beso sus labios y nos fundimos en el beso más puro que jamás nadie se ha dado en la faz de la Tierra. Era una explosión de sensaciones en los labios que se entremezclaban con el más puro de los instintos, el placer unido a la devoción.

Me sentí la persona más afortunada que había al tener el privilegio de haber podido besar sus labios y haber sentido todo lo que me ha hecho sentir en un solo instante, uno lleno de plenitud.

Vuelvo a la realidad y me encuentro a una más que predispuesta Lara sentada en el sofá central de la gran sala bebiendo sola y veo mi oportunidad como si se tratara del cielo abierto.

Me siento a su lado y tras dar las pertinentes explicaciones por mi desaparición al baño, en el cual me he tenido que refrescar por el sudor que sentía debido a la excitación al verla tan jodidamente sexy, me invita a su cuarto.

Me hace firmar una especie de contrato para sumisos, ni siquiera lo he leído al completo, no entiendo cómo una persona está dispuesta a hacer todo eso por otra, pero estoy dispuesto a hacer lo que sea para conseguir a Lara.

Firmo sin siquiera pensármelo. Firmaría para vender mi alma al diablo si hiciera falta. Me siento a su lado, pero pronto soy acorralado e inmovilizado por dos enmascarados, que me colocan contra la pared mientras Lara, se acerca con un látigo entre sus dedos.

Los esclavos, como ella los llama, me quitan la ropa y en menos de lo que dura un parpadeo, estoy desnudo frente a ella, sigo inmovilizado y su látigo acaricia mi trabajado pecho.

Me muerdo el labio inferior para aguantar esta dulce tortura que se adueña de mi ser, porque no tengo miedo de ella ni de lo que pueda hacer, al contrario de lo que podía esperar en cuanto a las reacciones de mi propio cuerpo, me excita y me endurece solo pensar lo que puede llegar a hacerme para que enloquezca de placer.

Veo como se arrodilla frente a mí y coloca una especie de pinza en mi glande. Es doloroso, pero a la vez placentero. No digo nada ni emito sonido alguno, no mostraré debilidad frente a ella, quiero que vea que puede jugar conmigo de todas las maneras posibles, no voy a oponer resistencia. Soy capaz de hacer cualquier cosa.

Su látigo quema mi piel cada vez que me roza, pica y duele, pero a la vez es una sensación placentera que me quema las entrañas. Se sienta en la cama y los esclavos me sueltan para que me acerque a ella.

Ya podéis marcharos, gracias por vuestro servicio.

Te queremos ama, haríamos lo que fuera por ti.

Bien, ahora jugad entre vosotros.

Gracias ama.

Me quedo mirando la escena, no quiero ser como ellos, no quiero convertirme en un esclavo más, yo quiero ser a quien solo vea Lara, que solo tenga ojos para mí, que solo desee estar conmigo.

Túmbate en la cama – ahora es a mí a quien habla y hago lo que me pide mientras esposa mis manos y pies, a los barrotes de su veneciana cama.

Sí, ama.

Su lengua recorre mi pecho mientras retira la pinza de mi glande, que supe por un anillo vibrador. La sensación al retirar la pieza me hace jadear por el placer que siente mi cuerpo. Al final hasta me va a gustar esto...

No me gusta que me ignoren, así que voy a castigarte por ello – dice antes de morder uno de mis pezones.

Ahogo un grito, porque realmente me ha hecho daño, pero no quiero mostrarme débil ante ella, que solo sonrío antes de reseguir con la lengua cada recoveco de mi pecho. Ese simple gesto hace que mi cuerpo tiemble como si estuviera en el jodido Polo Norte.

Entonces se levanta y la veo desnudarse sin separar sus ojos de los míos. Es perfecta, más que lo que imaginaba. Tiene un cuerpo de infarto y un aura de diosa, que merece una reverencia. No en vano, se hace llamar Diosa.

Se acerca a mí, tumbándose a mi lado y sus labios acarician suavemente mi mejilla, tentándome, sin llegar a saborear sus labios, algo que me enloquece hasta niveles insospechados.

La beso, aun a riesgo de que ello me comporte un castigo. Ella responde a mi beso, más húmedo de lo que jamás hubiese esperado y mi mente viaja al momento de aquel *picnic*, donde nuestros labios se unieron por primera vez.

Y entonces todo se vuelve un caos. La gente empieza a gritar y la puerta de la habitación se abre, sacándome de mi ensoñación mientras Lara se pone en alerta. No sé si está cabreada porque la hayan molestado, o por los gritos de pavor de sus invitados.

Dos de sus esclavos, los que me habían sujetado minutos antes, entran en la habitación con caras de auténtico miedo y gritan arrodillados y a los cuatro vientos, que la casa está ardiendo.

Lara sale despavorida hacia el salón, dejándome atado en la cama, imposibilitándome escapar a causa de las esposas. El humo entra por la ranura inferior de la puerta y el techo de la estancia se

inflama desde el suelo del piso de arriba, puesto que empieza a desprenderse parte del techo, haciendo que una de las vigas de madera caiga sobre mi costado.

Lara entra rápidamente a la habitación y desata mis manos y mis pies lo más rápido posible. Cuando estoy libre, toma mi mano y salgo desnudo a la sala principal, donde encuentro, mire donde mire, lenguas de fuego que pretenden engullir todo a su paso.

No sé si han llamado a los bomberos, pero por muy rápido que lleguen, todo se está consumiendo con demasiada rapidez y no va a quedar más que un puñado de cenizas de lo que un día fue esto.

Todos salimos despavoridos de la casa, la mayoría desnudos y nos dejamos envolver por la oscuridad de la noche. Lo he dejado todo dentro. No tengo ropa, móvil o algo que pueda usar para cubrirme.

No me importa, aunque soy pudoroso, la mayoría están como yo, así que me siento como en casa. Nos miramos atemorizados mientras Lara se encarga de llamar a la policía y a los bomberos.

La gente tose y algunos de los invitados a la fiesta impiden que Lara vuelva al interior de la casa, aun a riesgo de perder su vida, para recuperar algo que dice ser muy importante para ella. Pero ¿qué hay más importante que la propia vida?

Me acerco a ella mientras los bomberos, que ya han llegado, apagan las llamas e intentan salvar lo poco que queda de la casa y la policía toma declaración a algunos invitados mientras las ambulancias atienden a los que han respirado más humo.

Mi Diosa, puedes venir a mi casa y quedarte todo el tiempo que necesites, ¿vale?

¿Y por qué harías eso por mí si apenas nos conocemos?

Porque firmé un contrato y pienso cumplirlo.

El contrato ha sido consumido por las llamas, puedes considerarte liberado.

Entonces no lo hago con el contrato, sino porque me importas.

Tengo que pensármelo.

Claro, sin presión. Si finalmente decides aceptar, vivo en Portobello Road, en el único edificio granate, el número once. Ambas plantas son mías, así que no debes preocuparte por recordar el piso.

Bien, gracias Sebastian.

No hay de qué, ama.

Ahora deberías volver a casa, a mí me queda una larga noche en comisaría.

Como deseas.

Y no sé por qué, pero le hago caso y le pido a una de las patrullas que se encuentra en el incendio, si me puede llevar a casa. Ni siquiera tengo las llaves, las he dejado dentro. Suerte que bajo una de las macetas exteriores tengo una copia.

Me dan una manta para que cubra mis partes más íntimas y me subo al coche cuando aceptan llevarme a casa. Cuando me bajo del vehículo, tras una noche de lo más surrealista, cojo la llave que hay bajo la maceta y entro en casa.

Me voy directo al baño y me miro al espejo. Mi cuerpo está cubierto de ceniza. Caí al salir corriendo junto con Lara y me ensucié, además, mi maquillaje de esqueleto está más que corrido, pero lo que más me preocupa es el corte lateral que me he llevado cuando me ha caído una de las tablas del techo de la estancia.

Ni siquiera me había percatado que sangraba, ni del dolor, supongo que la adrenalina se había adueñado de todo y estoy más que nervioso por saber si Lara realmente está bien. Ahora que la he

encontrado no quiero perderla o que desaparezca de mi vida.

Espero que acepte mi invitación de venir a vivir aquí conmigo. Ni siquiera necesita estar pegada a mí, tengo dos plantas y ella puede quedarse con la de arriba.

Cuando supe que estaba aquí me trasladé a vivir sin dudarlo, sobre todo, porque sabía que el amor no la ataba a nadie y era mi oportunidad.

Me vine con una mano delante y otra detrás, pero tuve la gran suerte de encontrar trabajo enseguida como abogado en uno de los bufetes de la zona, aunque al no controlar el idioma como me gustaría, apenas tengo casos.

Voy tirando de mis ahorros hasta que empiece a poder llevar más casos, pero no me preocupa por el momento. No es que pueda permitirme grandes cosas, pero no estoy en la miseria.

He estado en pareja durante casi diez años, pero no quería que nos engaáramos y sabía que estaba con ella, porque era lo más parecido a Lara que había podido encontrar. Creo que he sonado la persona más repulsiva e insensible del mundo, pero cuando uno quiere a alguien sin medida es difícil controlar los impulsos.

He querido mucho a Alisa, mucho, pero no era Lara, y ninguno de los dos podíamos seguir engaándonos. Ella siempre lo supo todo, nunca le oculté nada, pero al final el saco se rompió. Era inevitable, porque ambos queríamos vivir en plenitud la felicidad del amor.

Ahora está con un pintor y es muy feliz, la adora y eso me alegra mucho. Ella es una persona maravillosa y se merece lo mejor. Tenemos muy buena relación. Incluso fui el padrino de su boda hace un par de años.

Pero en mi cabeza solo existía Lara y una vez liberado de las ataduras la busqué, no antes del mismo modo por no hacerle daño a Alisa. La encontré en la prensa internacional por su sonora separación con un alto cargo del parlamento londinense.

Ahora tengo que ponerme las pilas si quiero conquistarla. No quiero cubrirme el rostro, quiero que me vea tal y como soy y quiero que me dé una oportunidad, como me la dio cuando éramos adolescentes, para que probemos a ver si nuevamente podemos intentarlo.

Pero voy a esperar un poco más. Quiero entrar en su mundo y que se vuelva adicta a mí como yo lo soy de ella, para que cuando descubra mi auténtica identidad, no desee otra cosa que no sea amarme como quiero amarla yo a ella.

Me doy una ducha antes de curar mi herida. Ahora vuelvo a ser yo, sin máscaras, solo Sebastian. Me coloco una gasa que cubra la herida y me meto directamente en la cama, no sin antes llamar a la comisaría de la zona para saber si Lara está bien y si pueden contarme algo.

Por supuesto, al no ser de la familia, no me dan ningún tipo de información, y aunque lo entiendo, me enfada. Me gustaría saber si está bien o si necesita ayuda, es algo que me consume por dentro.

No sé en qué momento me quedé dormido anoche, pero cuando abro los ojos y miro el reloj, veo que son casi las once de la mañana. Pego un bote al levantarme que consigo, desafortunadamente, abrirme de nuevo la herida, haciéndola sangrar.

La curo nuevamente antes de desayunar, tras asearme y vestirme. Me apetece ir a dar una vuelta, hoy que es domingo y no tengo que trabajar, así que voy a dar un paseo y respirar aire puro.

Ya ha pasado una semana desde que vi a Lara por primera y última vez, tras tantos años de espera. Todavía sigo rezando para que se presente en la puerta de mi piso con lo poco que tenga para pedirme hospedarse conmigo.

Me imagino que se habrá quedado estos días con alguna amiga o alguno de sus sumisos, pero no creo que eso pueda ser permanente y en algún momento tendrá que ir marchando de esas casas. Espero que sea más pronto que tarde.

Vuelvo del paseo y me doy una ducha antes de ponerme las pilas. Tengo un caso entre manos que

el bufete me ha encargado. Es un caso bastante importante, el primero con carnaza fresca desde que estoy aquí.

Se trata de un alto cargo al que han imputado varios delitos y que requiere nuestros servicios para que le limpiemos el culo de mierda, la conciencia, y pueda seguir con su vida como si nada hubiese pasado, como si no hubiese arruinado a cientos de familias con sus negocios turbios.

Cojo el expediente. Ni siquiera he podido mirarlo desde que me lo entregó mi jefe. Tengo tres semanas para entregar una estrategia sólida y poder representarlo en el juicio, aunque deberé llevar a uno de mis compañeros, que por suerte conoce bien el español, para que me haga de, lo que aquí en Londres se llama, 'translator'.

Me siento en la mesa con un café bien cargado en la mano y abro el expediente al tiempo que doy un sorbo a la taza. Cuando veo la foto del cliente escupo sin poder evitarlo todo el café que retengo en la boca.

No es posible... ¿Acaso se puede tener más mala suerte? Parece que el destino se está riendo de mí y de mala manera, se está partiendo la caja, como dice mi ahijada. Es nada más y nada menos que *Nathan Mathews*, uno de los miembros más importantes de la Cámara de los Lores, del parlamento del Reino Unido.

Nathan Mathews es el exmarido de Lara. No creo que pueda llevar este caso, representa un conflicto de intereses. Bueno, puede que no sea eso exactamente, pero no puedo representar a alguien mientras me imagino como su antigua mujer me jadea al oído mientras tiembla bajo mi cuerpo.

Mañana hablaré con *Ros*, mi jefe, y le pediré otro caso, no puedo llevar este, no creo que le importe. Tenemos casos que nos salen por las orejas. Las mesas repletas de carpetas y pilas por el suelo.

Aun a sabiendas que no voy a aceptar el caso, decido leerlo. Me interesan los trapos sucios del ex

de Lara e igual puede hasta beneficiarme si es que acaso vuelvo a verla de nuevo. Una vez sé todo lo ocurrido, historia que me deja con la mandíbula desencajada, lo meto en el cajón de mi escritorio y me pongo a hacer la comida. Ya ha pasado la mañana en un abrir y cerrar de ojos.

Estoy preparando la mesa cuando escucho el sonido del timbre. ¿Quién será a estas horas? No suelo tener muchas visitas y no he pedido comida a domicilio. Me seco las manos, algo empapadas y me acerco a la puerta antes de abrirla.

Hola, busco a Sebastian.

No puedo creer lo que ven mis ojos. Lara se encuentra frente a mí con un aspecto poco favorecedor. Parece que no ha dormido en días, tiene más ojeras que un oso panda, lleva ropa que parece salida de una parroquia, de segunda mano y su cara está llena de churretones.

Yo soy Sebastian. ¿Qué le ha pasado, mi diosa?

Digamos que llevo días difíciles. Puedo pasar y si quieres te lo cuento.

Por supuesto. Ya le dije que podía venir aquí sin dudar.

Entra y deja las pocas pertenencias que tiene, un bolso y una chaqueta, en uno de los baúles antiguos de la entrada, antes de acompañarme al comedor y sentarse en el sofá antes de hacer yo lo propio a su lado.

Recuerdo estar así no hace mucho, sentado en un sofá a su lado, aunque las circunstancias eran muy distintas.

Y tan distintas... He perdido mi mansión y todo mi dinero, que guardaba en mi caja fuerte, ahora mismo no tengo nada Sebastian y no sé a quién acudir. No quiero que nadie me vea así, por eso no he ido a casa de ningún amigo o ninguno de mis esclavos. ¿Qué pensarían de mí?

Ha venido al lugar indicado, no pienso juzgarla, créame.

Gracias. ¿Crees que podría quedarme un par de días hasta que encuentre un trabajo y un sitio donde quedarme?

Puede quedarse todo el tiempo que quiera. La planta superior también es mía, pero no la utilizo, es como un piso independiente. Puede quedarse allí como si fuera su piso, a menos que prefiera quedarse aquí conmigo.

Muchísimas gracias, no sé cómo voy a poder pagarte. Te juro que en cuanto encuentre trabajo, te pagaré todo lo que te deba del alquiler y me pondré al día.

No se preocupe por eso. Le aseguro que el dinero no es un problema. No soy millonario, pero vivo bien. Usted solo preocúpese de estar bien y a gusto en su nuevo hogar.

Gracias – sus brazos rodean mi cuello para abrazarme mientras el corazón me da un vuelco. Aunque está hecha un desastre, es preciosa, esa es la mujer de la que yo me enamoré, no la rica de altos tacones que mira por encima del hombro.

Ahora que la veo sin su maquillaje, sin esa máscara que intenta esconder todo lo que ella es, puedo apreciar ese brillo en sus ojos que siempre la ha caracterizado, esas pequeñas pecas, apenas imperceptibles para el ojo humano, pero que me sé de memoria y recorría a besos.

Puedo ver esos labios carnosos que una vez fueron míos, ese cabello moreno que trenzaba bajo la luz de la luna mientras admirábamos el atardecer en el balcón de alguna de las casas abandonadas de Madrid.

Esos ojos esmeraldas que me encerraban en su mundo para no soltarme jamás y donde me perdía, buceando en ellos, como si fueran el océano donde tuviera que bañarme para calmar mi desasosiego.

¿Qué le parece si mañana, cuando salga del trabajo, la llevo a comprarle algo de ropa? No serán prendas de Gucci, pero serán mucho mejor que esas que lleva. ¿De dónde las ha sacado, mi Diosa?

Tuve que pasar unos días durmiendo en la parroquia, así que me prestaron la ropa cuando me vieron llegar con una especie de toalla que me había dado uno de los policías después de declarar.

¿Y qué hay de la mansión?

Está hecha añicos, no hay manera de recuperarla. Parece que no va a ser como el Ave Fénix, esta no renace de sus cenizas y es imposible reconstruirla. No voy a pedirle dinero a nadie y todo mi dinero estaba dentro, así que soy más pobre que las ratas.

No se preocupe, ya verá que la vida volverá a sonreírle. Aquí siempre va a tener un techo, comida y ropa, que es lo principal. La ayudaré a encontrar un trabajo si es que eso la hace feliz.

Sí, al menos así no me sentiré tan mal y podré pagarte el alquiler, a menos que quieras que te lo pague de otro modo.

¿Qué otro modo sugiere?

¿Qué te parecen sesiones mientras que no encuentre un trabajo con el que pueda pagarte?

No quiero que lo haga por obligación, como si fuera...

¿El qué? ¿Una prostituta? No te equivoques, lo hago con gusto y además, el mando siempre lo tengo yo, no lo olvides.

Lo sé, mi ama.

Y no sé si me estoy comportando como debería hacer un sumiso, sobre todo, porque ella piensa que lo soy, y experimentado, pero haré lo que sea para que se quede y si quiere jugar conmigo a cambio de poder vivir arriba, creo que salimos ganando los dos, no le voy a decir que no.

No digo más, me levanto del sofá y la insto a seguirme, quiero enseñarle el que será su nuevo piso. Abro la puerta antes de entregarle una de las llaves, la otra la tengo yo, y empiezo a enseñarle cada una de las estancias.

Primero el salón, que es bastante grande, después el baño, minimalista, con una bañera, un lavabo y un váter y después la cocina antes de llegar a la habitación principal. La cama es de matrimonio, de madera de roble, espaciosa y con un armario empotrado.

¿Tiene hambre?

La verdad es que sí.

He preparado algo de comer. ¿Qué le parece si comemos y después le preparo un baño?

Aceptaré encantada si dejas de hablarme de usted, me hace sentir vieja. Antes no me hablabas así, no lo hiciste el día de la fiesta.

No había firmado el contrato todavía. Quiero respetarla de todas las maneras posibles.

Ya te dije que el contrato se quemó y quedaste libre, como el resto de mis sumisos.

Bueno, si usted de lo pide, dejaré de dirigirme con ese tratamiento.

Te lo agradecería.

Perfecto. Entonces, ¿comemos?

Sí, me muero de hambre.

Bien. Bajemos, he preparado unos espaguetis, la verdad es que no me apetecía mucho cocinar y era algo rápido.

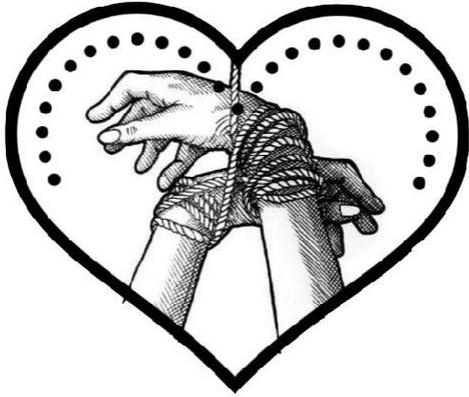
Me vale hasta un trozo de pan. En el convento se come peor que en un hospital.

Comemos en mi salón, suerte que había hecho un buen plato, así que puedo repartirlo en dos, aunque me quedaría sin comer para poder dárselo a ella, por supuesto. No hablamos durante la

comida, simplemente dejamos que el silencio se adueñe del momento.

Cuando terminamos, subimos al que será su nuevo piso y le enseño dónde están los productos de aseo y las toallas. Le explico cómo regular el agua del grifo y la dejo con su intimidad para que no me vea como un mirón o un acosador.

El cielo se ha abierto por fin, el destino nos ha vuelto a juntar y voy a luchar con uñas y dientes para poder conquistarla y que vuelva a enamorarse de mí. Sé exactamente cómo voy a hacerlo y espero que todo haya sido suficiente y no en vano.



Capítulo 3: Sensualidad y sumisión (Lara)

Nunca me había visto en esta situación, ni en mis peores pesadillas. Nunca había tenido que necesitar mendigar absolutamente nada, pero aquí me encuentro, en el piso de un desconocido que ha sido más que generoso.

Me doy una larga ducha, algo que no he podido hacer en días y me siento del todo limpia, tanto por fuera como por dentro. Ahora, ya con un aspecto menos deplorable, salgo y me voy directa a la habitación, donde Sebastian ha tenido la consideración de dejar sobre el colchón uno de sus chándales, compuesto por un pantalón largo ocre de cuerda en la cintura y una camiseta de tirantes negra que me va bastante grande.

Eso no importa, es lo de menos, el simple hecho de poder ponerme ropa limpia, que no sea mugrosa, es como tocar el cielo con las manos. Es la primera vez que voy a ponerme un chándal desde que llegué a Londres.

Ya, lista y vestida, me tumbo un poco en la cama. Las de la parroquia eran como piedras, y aquí parece que esté tumbada entre nubes y algodones. Es una sensación muy placentera y voy a aprovecharla unos minutos más antes de bajar.

Y no sé cómo ocurre, pero cuando abro los ojos y miro el reloj de la mesita de noche, veo que son las ocho de la noche. Bajo al piso inferior para ver a Sebastian. La verdad es que me siento mal por haberlo dejado ahí tirado después de todo lo que ha hecho por mí.

Golpeo la puerta del piso inferior y no tarda en abrirse, apareciendo un Sebastian con únicamente una toalla que rodea su cintura y lo miro de arriba abajo. No es la primera vez que lo veo semidesnudo, es más, lo he visto completamente desnudo.

Hola. Perdona, después de la ducha me quedé dormida. Es que hacía días que no dormía tan bien. Tu cama es magnífica.

Gracias, ahora es tu cama.

No dice nada, solo me sonrío y parece un ángel con esa luz que desprende. Saca el pescado del horno, que me imagino que ha estado preparando mientras yo dormía y coloca dos platos en la mesa. Es todo un manitas.

Cenamos viendo la televisión. Desde luego esto es como estar en un hotel. Me hacen la comida, me ceden una cama de ensueño y ropa con la que cambiarme, agua caliente con la que ducharme y hospitalidad.

No tardamos mucho en ir a la cama, sobre todo porque Sebastian tiene que madrugar para ir a trabajar y yo tengo que madrugar para encontrar trabajo de lo que sea y donde sea. No se me caen los anillos, bueno, los que ya no llevo porque los empeñé.

Me meto en la cama y no tardo mucho en quedarme dormida, esta cama es como un somnífero para mí. No creo que haya persona que se resista a tumbarse aquí y no cerrar los ojos en un santiamén.

Me despierto sobre las nueve de la mañana y Sebastian no está, aunque me ha dejado un zumo, café y algo de bollería. Desayuno y me ducho antes de ir directamente a *Regent Street*, donde hay cientos de tiendas donde me puedo comprar algo decente con el dinero que me queda de los anillos que empeñé y así poder ir en busca de trabajo.

Entro en *Esprit* y busco algún vestido con unos zapatos que combinen para poder ir de la manera más decente posible a todos y cada uno de los locales de esta ciudad en busca de alguien que quiera contratarme. Soy abogada, pero aceptaré cualquier cosa.

Entro en uno de los probadores con un par de vestidos y dos pares de zapatos y me pongo el primer vestido. Negro y ajustado, elegante y cómodo a la vez.

Salgo para admirarme con estos tacones perfectamente blancos y me encuentro con *Liah*, una de

las chicas de mis fiestas, otra ricachona aburrida, como lo era yo. Se acerca a mí con una sonrisa en los labios.

Hola Lara. ¿Cómo a todo? ¿Y tu casa? – Ella estaba en mi casa cuando ocurrió lo del incendio.

Bien. Probándome este vestido. Sobre mi casa, ya sabes, hecha cenizas. No hay nada que hacer, pero estoy viviendo ya en otra, aunque es provisional hasta que pueda construir una.

No lo dudaba, con todo el dinero que tienes.

Solo sonrío. La verdad es que nadie más que yo, y en este caso Sebastian, saben que no tengo un duro porque se quemó juntamente con mi casa. ¿Por qué tuve que sacar todo el dinero del banco? Quizá podría pedirle dinero prestado a *Nathan*, aunque será lo último que haga si me veo desesperada, no me arrastraré de ese modo para que se ría de mí.

El viernes por la noche doy una fiesta en mi mansión. La temática será: máscaras venecianas. Espero que puedas venir, puedes llevar un acompañante si así lo deseas.

Perfecto, allí estaré.

Y me revienta, porque sé que *Liah*, estaba deseando desbancarme como organizadora de fiestas BDSM y parece que lo ha conseguido. Si no fuera porque soy una persona pacífica, que nunca piensa mal de nadie, pensaría que ella fue la que incendió mi casa.

Me despido con desgana, vuelvo a entrar nuevamente en el probador y me quito el vestido negro para ponerme el rojo. No sé cuál de los dos es más adecuado para mi propósito, pero creo que me quedaré con el negro, me hace mejor figura.

Acabo comprándome los dos, con unos zapatos negros. No es que quiera ir de luto, es que quiero

parecer formar y ese *look* lo transmite. Me lo dejo puesto y les quito las etiquetas a las cosas para pagarlo todo antes de salir por la puerta.

Ahora me siento un poco más yo. Marcho de nuevo al piso de Sebastian y entro en su casa. Es curioso ver cómo alguien que no me conoce de nada es capaz de dejarte su casa y todo lo que hay en ella, confiando en ti a ciegas.

Quiero agradecerle todo lo que ha hecho por mí, así que preparo la comida. Es la única manera que tengo en este momento para darle a entender lo agradecida que estoy por haberme acogido y haya sido tan generoso.

Preparo un salteado de verduras, que acompaño con un poco de arroz. La verdad es que no es un plato demasiado glamuroso, pero con lo poco que hay en la nevera no es que se pueda hacer gran cosa.

Si pudiera, le cargaría la nevera de comida, pero va a ser que, de momento, vamos a comer arroz. Preparo la mesa y pronto escucho el tintineo de las llaves en la puerta. Sebastian acaba de llegar a casa.

Mmmm qué bien huele. Hacía años que no entraba en casa y alguien me tenía preparada la comida – me dice con una sonrisa en los labios.

He preparado algo de comer para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

No era necesario, pero te lo agradezco mucho, mi Diosa.

No hay de qué. ¿Cómo te ha ido el día?

La verdad es que no muy bien. He discutido con mi jefe y casi me echan del trabajo, pero lo he solucionado todo. Digamos que mi jefe y yo, teníamos discrepancias sobre uno de los encargos. Me lo ha endiñado sí o sí, lo quiera o no, aunque la verdad es que no quería.

Bueno, a veces hacemos cosas que no queremos hacer, pero es necesario para seguir

sobreviviendo en este mundo cruel y consumista. Te lo digo yo, que empeñé mis joyas y con ello he ido a comprarme ropa esta mañana para dar buena impresión a los locales y empresas que pienso visitar esta tarde para conseguir empleo.

¿Tienes algo pensado?

Soy abogada, aunque nunca he ejercido. Cuando me licencié, me maché a vivir la vida, sin preocuparme mucho de las responsabilidades, así que no creo que quieran contratarme si no tengo experiencia. Podría trabajar de secretaria, en algún salón de maquillaje, no sé, cualquier cosa.

¿Quieres que haga unas llamadas?

Claro, todo lo que sea para pagarte el alquiler me encantará.

No sé si te gustará la idea, pero tengo una amiga que tiene un local donde pintan uñas, colocan gel, ya sabes, esas cosas. Yo no puedo darte muchos datos porque no es algo que yo controle, pero puede que te sirva por el momento.

Es magnífico. Si puedes concertar una entrevista con ella esta tarde, me encantará ir para hacer una prueba.

Claro, le mandaré un mensaje. Siempre está buscando gente. Los trabajadores que tienen suelen ser estudiantes, suelen dejarla en cuanto pagan las matrículas y ya no necesitan el trabajo.

Yo no la dejaré tirada. No soy lo que se dice una adolescente universitaria. Podría doblarles la edad a muchos de los jóvenes que seguro han trabajado para ella. Haré lo que sea por ser útil a la sociedad.

Perfecto, pues le mando un mensaje de voz y comemos. ¿Te parece?

Genial, muchas gracias, Sebastian. Si me cogen, te recompensaré muy bien – le guiño el ojo y me siento en la mesa dispuesta a que comamos.

Devoramos los platos y me preparo para la entrevista. Me peino con uno de los cepillos que tiene él en su baño y miro mi rostro. La verdad es que no está mal, pero necesitaría algo de maquillaje y un buen perfume.

Después de que Sebastian me desee suerte y baje las escaleras, me dirijo a la dirección que me ha dado y me entrega un móvil de esos prepagos del año de la polca, es lo más rápido que ha podido encontrar.

Lo ha comprado esta mañana cuando iba de camino al trabajo y ha grabado su número de teléfono en la lista de contactos. Parece que él también se ha comprado uno igual que el que me ha regalado.

Camino unos quince minutos con estos preciosos tacones por los adoquines. La realidad es que no son muy prácticos para caminar por este tipo de suelo, pero qué le vamos a hacer... ¡Antes muerta que sencilla!

Entro en una perfumería y disimuladamente me echo un par de gotas de *Channel* en el cuello y en las muñecas y me acerco a la sección de maquillaje, ojeando disimuladamente las mejores y más caras marcas.

Disculpe. ¿Puedo ayudarla?

Busco una base, una sombra, un delineador y un rímel, pero no sé por qué marca decidirme. Yo es que, si no me lo veo puesto, no sé cuál escoger.

¿Quiere que le haga una prueba para que se lo vea mejor?

Eso sería magnífico.

Quince minutos después, parezco una belleza de *Talent Show*, pero como no llevo un duro, le digo que el maquillaje no me ha acabado de convencer y salgo del lugar perfumada y maquillada. Punto para mí. Continuo caminando en dirección a mi destino.

Llego a la puerta y está abarrotado de mujeres deseosas de que las conviertan en unas princesas, o al menos las manos y los pies de una princesa. Entro y busco con los ojos a la encargada.

Se que es rubia, alta y con los ojos miel. La encuentro enseguida y le digo quién soy. Parece que me está esperando y, aunque tiene mucha clientela y están de trabajo hasta arriba, me pide que la acompañe un momento al despacho.

Bienvenida a *Beauty Nails*. Esta es una de mis franquicias de la marca, tengo cuatro. Soy *Blair*. La verdad es que siempre necesito personal, pero necesito saber si sabes pintar uñas, usar el gel y hacer pedicuras, no tengo tiempo de enseñarte.

Yo soy Lara. Sobre el tema de las uñas, lo he visto miles de veces, me lo han hecho infinidad de veces. Quizá al principio el tema del gel se me resista un poco, porque no he trabajado nunca con el material pero sé pintar uñas y sé hacer la pedicura.

Además, las uñas que llevas son preciosas, me encanta el degradado. ¿Dónde te las has hecho?

Tenía una chica en casa que me las hacía cada semana.

Quizá este trabajo no sea suficiente para ti, es un trabajo mileurista y veo que eres una mujer de alta clase a la que le gusta el lujo y que, a juzgar por tus manos, que no han trabajado nunca.

No he trabajado mucho, es cierto, estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para trabajar aquí.

Está bien, vendrás una semana como aprendiz, como becaria. Si me convences, te contrato, ¿te parece bien?

Me parece perfecto.

Pues a trabajar, empiezas hoy.

Me da una bata y me hace sentar en una de las mesas para que empiece a trabajar y me manda a una joven de largas uñas. Las quiere recortar y hacerse la semipermanente de amarillo fosforito.

Me paso la tarde pintando uñas, haciendo pedicuras y sonriendo con las mejillas grapadas para falsearla lo más posible. Acabo la jornada bastante cansada, pero estoy orgullosa de lo que he hecho y parece que la jefa también.

Has hecho un buen trabajo Lara. Si sigues haciéndolo así, el trabajo es tuyo.

Muchas gracias, *Blair*.

Bien, ahora toca descansar, ha sido un día intenso. Mañana más.

Sí, mañana más. Buenas noches, *Blair*.

Buenas noches.

Salgo del local y voy directa a casa de Sebastian. Quiero contarle que me han dado el trabajo, o al menos que estoy a prueba. Llego a casa, pero él no está, así que voy directa a darme una ducha y cambiarme de ropa.

Me pongo su chándal, que la verdad es que huele muy bien y me trae recuerdos del pasado. ¿Dónde he olido yo eso antes? No consigo ubicarlo. Cuando estoy lista bajo a hacer algo de cena, pero me encuentro a Sebastian haciéndola. ¿Cuándo ha vuelto?

Hola.

Hola, mi Diosa.

Tengo que contarte algunas cosas.

Por supuesto. ¿Cómo te ha ido en tu entrevista de trabajo?

La verdad es que muy bien. Me han dado una oportunidad. Tengo una semana para demostrar si valgo y si lo consigo, me darán el puesto. Hoy he trabajado durante cuatro

horas.

Eso es genial. Estoy seguro de que lo vas a hacer maravillosamente y que conseguirás el puesto.

Eso espero... Había bajado para hacer algo de comer, pero veo que te me has adelantado.

Sí, he hecho una ensalada de quinoa y pescado. ¿Te parece bien?

Me parece magnífico.

Además, tengo algo para ti...

¿Para mí?

Sí, me he permitido comprarte algunas cosas.

¿Qué cosas?

Mira esas bolsas de allí – me señala el sofá y corro hacia este para ver qué es lo que ha comprado.

Empiezo a abrir las bolsas y encuentro juguetes sexuales, ropa, calzado, perfume, maquillaje y algo de aseo para mujeres. No sé realmente qué decir, se habrá gastado al menos un sueldo entero para comprarme todas estas cosas.

Lo miro sin saber bien qué decir mientras las lágrimas humedecen mi rostro. Es imposible que pueda ser un ama dura con él, es el hombre perfecto. ¿Por qué sin conocerme hace todo esto por mí? No le veo sentido.

Gracias, Sebastian, no sé cómo voy a poder pagarte todo esto. Bueno, sí, te lo pagaré cuando cobre, te lo juro.

No hace falta, es un regalo.

¿Seguro?

Claro, ahora podrás ir a trabajar como la belleza que eres, aunque no te hace falta ni la mitad de esas cosas para ser bella. No te hace falta el maquillaje porque eres hermosa, ni

la ropa porque hasta con una bolsa de basura estarías preciosa, no necesitas perfume porque siempre hueles a rosas, ni necesitas juguetes para hacerme temblar.

Pero si me sumas a mí con todo esto añadido, seré irresistible, ¿no?

Sin duda. Además, todo eso con los juguetes en la mano puede ser algo sobrenatural.

¿Qué te parece si los probamos esta noche?

Quién sabe, es posible.

Cenamos mientras le cuento el tipo de clientela que he tenido hoy, lo que he hecho y demás, pero cuando le pregunto sobre su día es bastante esquivo. Me parece a mí que no quiere que sepa nada sobre su trabajo, y lo entiendo, no me conoce como para compartir sus intimidades más allá del sexo, por lo que parece por su comentario.

Friego los platos mientras él recoge un poco el comedor y después me subo todas las cosas que Sebastian me ha comprado y las guardo cada una en su sitio. Ahora, ya todo listo, abro una pequeña bolsa que hay dentro de los juguetes sexuales.

Hay ropa interior de lo más sensual y un traje de látex, justo lo que necesito ahora mismo. Preparo los juguetes sobre la cama y bajo con el látigo en la mano para provocar al que puede ser mi nuevo juguete sexual.

Bajo las escaleras de vuelta al piso inferior. La verdad es que me hubiese encantado un corsé y unas medias bien sensuales, pero después de que me ha comprado todo esto y me trata como a una reina, no puedo pedir nada más.

Golpeo su puerta y sale en pantalón, sin camiseta. Hace calor, sobre todo, porque estamos en pleno verano, e ir así por casa es de lo más habitual. Cuando me ve, me mira de arriba abajo, parece que está babeando. Le gusta lo que ve y a mí me gusta que me guste.

Entro y cierro la puerta antes de morder el lóbulo de su oreja y susurrarle al oído que se quite la ropa, que voy a agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

No es que me esté prostituyendo, ni mucho menos, sino que realmente quiero disfrutar del sexo con él, algo que no pude hacer por culpa del incendio y me muero por sentirlo dentro, así que simplemente azoto su trasero con el látigo antes de tomar su mano para subirlo a mi cuarto.

Lo siento en la cama, en el centro, mientras los juguetes lo rodean y sonrío perversa. Lo ato de pies y manos y le pongo una mordaza. Adoro verlos con mordaza, me excita sobre manera. Es una sensación de poder y posesión que no puede describirse.

Me contoneo de manera provocativa al son de la música que acabo de poner con el teléfono móvil. Veo como su pene se endurece por momentos y eso me calienta más de lo que me hubiese imaginado.

Me siento en sus piernas mientras mis pechos acarician su rostro, y sé que lo estoy volviendo loco, aunque no pueda decírmelo por la mordaza que le he puesto en la boca. Me abro la cremallera un poco más para que pueda ver un poco más de mis pechos, simplemente por el placer de provocar.

Acaricio su falo hasta acabar de endurecerlo viendo como su mandíbula se tensa y yo sonrío antes de ponerle un anillo vibrador y hacer que se retuerza de placer. Parece que sea la primera vez que se lo ponen.

Es uno de los juguetes más habituales, pero me da la impresión de que es algo desconocido para él. No hay nada malo el desvirgarlo de los anillos y me ha encantado haber sido yo quien lo haya hecho con él.

Me levanto de entre sus piernas y enciendo las velas de la habitación, pues la luz solar está desapareciendo por momentos. Una vez las velas están encendidas, coloco una silla frente a Sebastian.

Lo veo intentar moverse, pero las cuerdas le impiden que pueda hacer nada más que quedarse en la posición en la que yo lo he dejado. Cojo otro de los juguetes sexuales, en este caso unas pinzas.

Sé que son pinzas para los pezones, pero en este caso vamos a darles otro uso. Lo empujo para que caiga en el colchón en la posición en la que lo he colocado y sonrío traviesa ante las ideas que se me están ocurriendo.

Cojo una de las velas y derramo la cera caliente despacio por su cuerpo, empezando por el pecho, pasando por sus brazos y piernas hasta llegar a su pene. Los veo jadear, pero no de dolor, sino de placer.

Parece que le gusta, aunque es lo normal, debe de llevar tiempo, bastante tiempo practicando el BDSM con sus chicas, sobre todo si es *switch* debe conocerlo bien. Sonrío traviesa y coloco con pericia la pinta en la punta de su glande.

Ahoga un grito, parece que le ha dolido, pero no tarda mucho en acostumbrarse al dolor, y como recompensa por aguantar mi pequeño juego, lo levanto para que quede nuevamente sentado en la cama y que vea bien lo que estoy a punto de enseñarle.

Me desnudo delante de él en silencio y me siento en la silla que he colocado frente a él. Sonrío mientras coloco mis piernas bien abiertas y las dejo sobre los asideros de esta. Ahora, expuesta ante él, estoy dispuesta a darle un buen *show*.

Chupo mi dedo índice y comienzo a acariciar con este mis pezones, bajándolo lentamente antes de volver a subirlo, empapándolos y estimulándolos. Lo repito hasta que consigo que estén completamente duros.

No rompo nuestras miradas entrelazadas en ningún momento mientras escucho jadeos de placer que se entremezclan con pequeños quejidos de dolor por la pinza constrictora. Gimo bajo provocándole y muerdo mi labio inferior de vez en cuando.

Sé que se está volviendo loco, lo sé porque este juego lo está torturando, pero en el buen sentido, lo veo en sus ojos.

Qué pena que estés tan solo, tan lejos y tan desnudo. Ya sabes lo que dicen: a falta de pan... - le guiño el ojo para que sepa que al menos debe conformarse con lo que le doy.

Sé que no puede contestar, tampoco espero respuesta. Simplemente sé qué es lo que está pensando y me imagino que me diría algo así como: ven aquí y verás como te doy pan, o quizá es que mi mente está divagando demasiado.

Bajo mi mano, acariciando mi piel a su paso y dejando atrás mi ombligo hasta colar el dedo entre mis pliegues y humedecerlo con mis fluidos. Lo escucho tragar sonoramente y eso hace que arda todavía más por el erotismo del momento.

En este momento, solo él o yo misma podemos apagar este fuego que siento en mi interior. Desvío la mirada hacia su miembro, duro y venoso, que vibra a causa del anillo, algo de lo más delicioso.

¿Estás bien, esclavo? Se te ve algo hinchado – le digo señalando con un movimiento de mi cabeza su entrepierna.

Le guiño el ojo y sigo acariciando mi cuerpo, incitándolo a que ceda ante mi provocación, pues no hay nada que adore más que ver la cara de un hombre hambriento, pero frenando sus instintos porque no puede hacer nada. La frustración es poder.

El que algo quiere, algo le cuesta, sumiso.

Me levanto de la silla y me acerco nuevamente a él. Estoy chorreando. Siento como mis fluidos corren por mis piernas y la habitación huele a sexo, ese olor delicioso que me enloquece.

Me vuelvo a sentar a horcajadas en sus piernas y le quito la mordaza de entre los labios para que pueda volver a hablar mientras con las uñas, arañó su pecho arrancando así la cera reseca mientras dejo su piel marcada con mi señal.

Has sido un sumiso bueno, así que te concederé algo que te apetezca hacer mientras me deshago de lo que te aflige para darte un poco de tregua.

Quiero sentir tus labios sobre los míos.

Así que quieres besarme... Está bien, solo un beso y bien merecido. Te has portado realmente bien. Otro se hubiese tirado sobre mí para devorarme completamente, pero tú has aguantado y eso te honra.

Por supuesto, soy el sumiso perfecto cuando quiero, y lo sabes.

Lo eres.

Y entonces me acerco a sus labios y lo beso de una manera que debería ser prohibida mientras voy deshaciendo sus amarres y le quito el anillo vibrador tras deshacerme de la pinza.

Siento cómo me coge de la cintura y yo enrosco mis piernas en su cuerpo, para sujetarme bien a él. El juego ha terminado, quiero que me haga suya, me muero de ganas de que apague este fuego que me consume por dentro.

Aparta los juguetes de un manotazo, que acaban desperdigados por el suelo, antes de levantarse, conmigo sobre su cuerpo y colocarme contra una de las paredes de la estancia. Entrelaza sus manos con las mías y muerde ligeramente mi cuello, provocando un escalofrío que me recorre la columna vertebral al completo.

Me aprieta contra su cuerpo desnudo y el mío responde de manera automática a las exigencias que se proponen y es en este momento en el que sé que estoy perdida, porque jamás he perdido el control.

Jamás he dejado que nadie me manejara de este modo, pero la verdad es que me gusta y estoy más que excitada, así que, por primera vez desde hace años, me dejo llevar por lo que mi cuerpo me dice, por lo que anhela.

Me baja de su cuerpo y me pone contra la pared mientras recorre mi espalda con su lengua. Mis dedos arañan la pintura de la pared mientras los jadeos se adueñan de la habitación,

entremezclándose con la música de la estancia.

Desliza sus dedos por mis brazos y los costados de mi cuerpo hasta llegar a mis pechos, los cuales amasa y pellizca con pericia consiguiendo que mi cuerpo tiemble por momentos.

Me deja frente a la pared y va en busca de algo. No me atrevo a girarme, no porque tenga miedo, sino porque quiero sentir lo que está dispuesto a hacerme, no quiero saberlo previamente.

No tardo mucho en sentir en mi trasero unas lenguas que pican de lo lindo. Es mi látigo de púas, estoy completamente segura, el que me ha comprado Sebastian con el resto de los juguetes.

No deja de azotarme de una manera deliciosa y mis gemidos van in crescendo hasta que él me hace girar colocándome cara a cara con su cuerpo. Sonríe ladino y azota mis pezones haciendo que me estremezca. Es un dolor placentero que me hace volar.

Me muerdo el labio y muevo mi cuerpo de manera sensual mientras sigue azotándome, ahora entre las piernas, proporcionándome un placer que jamás había sentido antes, es una sensación extraña, como si cientos de fuegos artificiales explotaran en mis labios inferiores de una manera brutal.

Tira de mi mano para tumbarme en la cama, a cuatro patas y siento como su saliva recorre mi entrada, preparándome, como si no lo estuviera ya. Su saliva resbala por mi raja y siento la punta de su falo en mi entrada, simplemente acariciándola de arriba abajo, sin entrar en ella.

Por favor, necesito tu permiso para entrar dentro de ti, mi ama.

Hazlo, esclavo, hazlo.

Y entonces siento cómo entra dentro de mí despacio, para que note cómo su falo entra acariciando mis paredes internas hasta llegar hasta lo más profundo de mi ser y hacerme sentir bien llena.

Se queda ahí quieto, dentro de mí, para que me amolde a su masculinidad y cuando creo que esta deliciosa tortura no va a terminar nunca, empieza a moverse primero despacio, para después coger una velocidad que debería estar prohibida.

Me vuelvo loca y los fuertes gemidos que salen de mis labios se escuchan por todo el edificio, estoy más que segura de ello. Pasamos así más de media hora, moviéndonos en diferentes posiciones, incluso algunas que ni yo misma conocía, hasta que caemos en el colchón exhaustos.

Nos tumbamos uno al lado del otro en la cama de matrimonio del que ahora es mi piso, e intentamos recuperar el aliento y que el corazón vuelva a latir de una manera acompasada. Lo miro y sonrío.

Su rostro refleja pura felicidad y parece que tenga la sonrisa grapada en la cara, realmente parece que se lo ha pasado bien y entonces recuerdo la fiesta de *Liah*, no se lo he contado por si le apetece venir conmigo.

Hoy me he encontrado yendo a la entrevista de trabajo con una de las mujeres que venía a mis fiestas, una sumisa. A causa de que por un buen tiempo no voy a poder organizar fiestas por lo que tú y yo sabemos, ha decidido tomarme el relevo y ha organizado una fiesta de máscaras en su casa el viernes. Me gustaría saber si te gustaría ir y, sobre todo, si te gustaría venir conmigo.

Claro, mi ama, para mí sería todo un honor.

Le sonrío mientras veo como se levanta y se pone el *bóxer* dispuesto a bajar a su casa. Es hora de descansar. Es tarde y mañana ambos tenemos que trabajar, aunque al ir yo por la tarde, tengo la suerte de no tener que madrugar.

Me despido de él, que se retira en silencio y yo me levanto para darme una ducha antes de volver a meterme en la cama y dejar que el sueño me consuma, como me ha consumido el fuego con Sebastian esta noche.

Cierro los ojos en la oscuridad de la noche una vez he apagado las velas y la música que envolvía la habitación, cierro los ojos para relajarme y que el sueño me consumiera. La verdad es que pasar esta noche con Sebastian ha sido muy interesante.

Habrà que repetir, ¿no?



Capítulo 4: Deleite y lascivia (Sebastian)

Me he levantado pronto para hacerle el desayuno a Lara antes de marcharme a trabajar. Se lo dejo en la puerta de su piso, porque no quiero molestarla ni despertarla y me marcho a la oficina.

Hoy es lunes y tengo que hablar con mi jefe sobre el caso de *Nathan*. Llevo el expediente en el maletín y lo primero que voy a hacer al llegar al bufete es deshacerme de él. No quiero tener nada que ver con él. Podría perder a Lara por esto y no lo voy a permitir.

No tardo mucho en llegar a este y dejo el maletín en mi mesa antes de sacar la carpeta con el caso del señor *Mathews*. Entro sin ni siquiera golpear la puerta, pero es que esto es importante.

Ethan, tengo que hablar contigo.

Buenos días a ti también.

Perdona, buenos días.

Dime, ¿de qué quieres hablar conmigo?

No puedo llevar este caso.

Y, ¿eso por qué? Sabes que no puedes llevar muchos casos por el tema del idioma, que eres nuevo en este bufete y desperdicias el mejor caso que hay ahora mismo en cartera cuando tu cliente habla español. ¿Puedes explicarme por qué coño no quieres representar el señor *Mathews*?

Tengo un conflicto de intereses con el representado.

Explícate – me exige.

Su exmujer fue pareja mía en la facultad de derecho.

¿Y eso a mí qué coño me importa? Haz tu maldito trabajo, ella ya no es nada y a ti te pagan por defender al señor *Mathews*, no por estar pendiente de su expareja, así que deja de lloriquear como una nenaza y haz tu trabajo.

¿Y si me das un caso menor, aunque cobre menos, y este se lo das a *Mark*?

Mira, te lo voy a dejar muy claro, si no llevas este caso, ya puedes recoger todas tus cosas del bufete, porque estas despedido. ¿Estamos?

Captado.

Pues entonces siéntate en tu mesa y ponte a trabajar.

Doy media vuelta sin ni siquiera despedirme y me siento en la mesa de mi despacho para abrir nuevamente el expediente. No he acabado todavía de analizarlo, pero solo me ha faltado leer las primeras páginas para saber que es un “pieza”, y no de las buenas precisamente, ni de las limpias.

Lo que hay en esta carpeta es una bomba de relojería a punto de estallar. No sé cómo quiere que lo saque de esto. El blanqueo de capitales es lo más suave que aparece en estos papeles.

Sigo avanzando en la lectura y cuanto más leo, menos querría saber, hasta que, apuntando ya parte de los puntos a tratar en el juicio y buscando salida para cada uno de ellos, recojo la mesa y cojo el maletín para volver a casa. Ya es suficiente por hoy y puedo seguir trabajando en casa.

De vuelta me paro en alguna que otra tienda para comprarle ropa, calzado, un perfume que me enloquece, productos de higiene, maquillaje y de más cosas hasta llegar a un *sex-shop*.

Al entrar, una mujer de unos treinta y cinco años, morena, de más de metro setenta, que es lo que mido yo, y con unos ojos azulados, se acerca a mí con una sonrisa en los labios. Yo le devuelvo la sonrisa por cortesía.

Buenos días. ¿Puedo ayudarte en algo?

Buscaba juguetes para mi ama.

Su ama, entiendo... Bien, acompáñeme a la sección que está buscando si es tan amable.

No sé cómo lo hace, pero acabo comprando media tienda. ¡Santo Dios! Si hasta tienen jaulas en esta tienda, pero no para animales, no, ¡para personas! ¿Quién querría estar encerrado en una jaula como un animal?

Ni siquiera debería permitirse que un animal estuviera enjaulado. Aun así, hago como que no la he visto y sigo a la mujer a la mesa principal para que cobre cada uno de los artículos que ha escogido ella misma.

Cuando me informa de que tengo que pagar casi setecientas libras esterlinas, casi me da un infarto, pero todo sea por mi querida Lara, ahora mi ama, aunque no me interese en ese sentido.

Con varias bolsas de la compra y el maletín, pongo rumbo a casa mientras le doy vueltas a la cabeza sobre cómo voy a reconquistar a Lara y entonces doy con la solución. Voy a enamorarla como hace tiempo hice, exactamente igual.

Voy a intentar recrear las mismas citas que tuvimos cuando estábamos en la facultad y con ello pretendo conseguir no solo conquistarla, sino que recuerde lo que es el amor de verdad y quién soy yo, para que volvamos a enamorarnos como cuando éramos jóvenes.

Llego a casa y me pongo a hacer la comida tras una ducha para no oler a sudor antes de que venga, porque parece no estar en casa. Dejo todo sobre el sofá y salgo a tirar un momento la basura antes de volver para cocinar.

El día ha pasado en un suspiro y la noche es un sueño hecho realidad. Siento cosas que jamás había sentido y vivo sensaciones que no sabía que existían. Lo he disfrutado como un niño con un caramelo.

Parece que después de todo me va a gustar este tipo de sexo donde el dolor y el placer se entremezclan para crear unas sensaciones inigualables, algo que recomendaría a todo el mundo que vivieran antes de morir.

Es martes y he pensado que hoy voy a tener la primera cita con Lara de mi plan. Quiero llevarla a uno de los parques más bonitos que tenemos en la zona, hacer allí un *pícnic* y besarla para que recuerde lo que vivimos en aquella cita donde nos dimos el primer beso y pasamos de unos chiquillos que solo eran amigos, a unos chiquillos que comenzaban algo con un cosquilleo

constante en el estómago.

Como ayer, me levanto un poco antes y le preparo el desayuno, tras ducharme y prepararme para trabajar. Hoy toca acabar de leerse el expediente de *Nathan* para que acabe de darme el infarto. Y yo tengo que defender eso... ¿Cómo demonios voy a hacerlo?

Salgo por la puerta sin hacer ruido para no despertarla y camino rumbo al bufete. Tengo reunión con mi representado, así que hoy veré al señor *Mathews* cara a cara, ese que me robó al amor de mi vida y que ha estado disfrutando de ella todo ese tiempo que yo no he podido.

Me siento en el despacho que me han adjudicado desde que me cogieron en este puesto de trabajo. Acabo de analizar la documentación del caso de *Nathan* para que no me pille de improviso, sin haber acabado de leer el expediente.

Lo que leo en las últimas páginas de este, hace que me quede patidifuso. Parece que muchos de los chanchullos y desfalcos en los que está involucrado *Nathan*, están a nombre de Lara. ¿La ha usado de testaferro? ¿La ha engañado, o ella lo sabía todo desde el primer momento?

Joder... ¿En qué chanchullos está metida Lara? Al final va a venir bien que yo sea quien lleve este caso. Me importa bien poco lo que le pase al señor *Mathews*, pero voy a intentar con todas mis fuerzas sacarla de todo este embrollo.

Estoy enfrascado, pensando en cómo voy a sacarla de esto cuando escucho unos nudillos golpear mi puerta. Alzo la vista para ver quién es la persona que quiere pasar al despacho, pero no entra nadie.

Adelante...

La puerta se abre y un hombre de unos cincuenta años, con el pelo algo cano y los ojos azules entra antes de sentarse en la silla que hay frente al escritorio. No hay duda de que se trata de *Nathan Mathews*.

Buenos días, señor *Mathews*.

Buenos días, señor López. ¿Cómo lo ve?

Gris tirando a negro, no le voy a engañar.

Sé que he cometido muchos errores, pero quiero arreglarlos. ¿Cree que podríamos arreglarlo con un acuerdo o servicios comunitarios?

No creo que un puñado de dinero arregle todas las meteduras de pata que ha tenido y con todos los cargos que pueden imputarle, dudo bastante que unos servicios comunitarios palien un uno por ciento de todo lo que ha hecho.

Haré lo que me pida y le pagaré lo que quiera si me saca de esta.

No es cuestión de dinero. Necesito que sea totalmente sincero.

Nos pasamos hablando toda la mañana. Joder con la mosquita muerta, aunque de mosquita no tiene nada, muerto va a estar como no arregle esto. Me sigue explicando detalles de todo lo que ha hecho hasta ahora y en qué más cosas la ha cagado.

Cuando ya he recabado toda la información, se marcha y yo me quedo para empezar a crear contrargumentos que rebatan todas esas acusaciones para poder ganar el juicio, aunque lo veo más que improbable.

Al acabar la jornada laboral, vuelvo a casa, pero antes vuelvo a pararme en la tienda de juguetes sexuales. Quiero comprarme algo que enloquezca a Lara el viernes en esa fiesta a la que nos han invitado.

La mujer se va a pensar que me paso el día en esta tienda y que voy a convertirme en un cliente Vip. Entro y la saludo, me recuerda de ayer, estoy más que seguro, no es la típica tienda a la que entran cientos de personas al día, o puede que sí.

Buenos días, de nuevo.

Buenas. Vengo de nuevo hoy porque necesito un traje de sumiso y un antifaz. Voy a una

fiesta de máscaras. No sé realmente lo que debo ponerme. ¿Puede ayudarme? Es que estoy algo confundido y no sé bien qué se lleva a esos sitios.

Pues creo que lo mejor será un traje negro y un antifaz que sea la envidia de toda la fiesta.

¿Le parece bien?

Me parece perfecto.

En esta tienda hay de todo, tiene hasta trajes, está muy bien equipada. Me los pruebo todos, pero el que mejor me queda es uno negro de corte italiano. Por supuesto, me lo compro, ahora falta decidir qué máscara llevarme.

Me las voy probando, me miro al espejo con cada una de ellas y acabo escogiendo una negra también, de cuero, con una cremallera a la altura de la boca. La verdad es que nunca me pondría esto en otras circunstancias, pero quiero complacer a Lara.

Una vez la pago y la mete en la bolsa, cerrándola bien para que la gente de la calle no la vea, a petición mía, camino en dirección a casa. Quiero cocinar algo de pollo y voy a ponerme a hacerlo.

Entro en casa y guardo la bolsa en el armario, quiero que sea una sorpresa para ella y no la encuentre por cualquier sitio y le eche un ojo. Sé que no es cotilla, pero por si las moscas.

Hago la comida y espero a que Lara baje. Me da rabia que trabaje por las tardes y yo por las mañanas. Quizá debería pedirle a mi jefe, ahora que me voy a quedar con el caso de *Nathan* hasta el final, poder cambiar mi horario.

O de no ser así, quizá podría hablar con mi amiga, *Blair*, para que cambiara el horario de Lara o pedirlo ella misma. No sé, ya lo veremos, pero si quiero conquistarla a diario y tener esas citas que ya tuvimos en el pasado, necesito que cuadremos horarios.

La escucho golpear la puerta con los nudillos antes de entrar. Mi sonrisa salta de manera instantánea cuando la veo, no puedo evitarlo. Apago el horno antes de que el pollo y las patatas se

quemen y me acerco a ella.

Madeimoselle, bienvenida a casa. Hoy la especialidad de la casa es pollo al horno con patatas. ¿Puede sentarse, por favor?

Será un placer, Monsieur.

Se sienta y lo preparo todo antes de servir la comida en los platos y dejarlos en la mesa, mientras me mira con una mezcla de deseo y lujuria. Me siento frente a ella y empezamos a comer mientras charlamos sobre nuestro día.

Ella se ha dedicado a organizar un poco el piso a su gusto y yo intento hablar del día por encima. No puedo explicarle ni lo de la máscara ni lo de *Nathan*, así que mi día está prohibido para ella.

Mi Diosa, me gustaría que mañana fuéramos a hacer un *picnic* a *Hyde Park*. ¿Te apetece?

Me gustaría conocerte más allá de las fiestas o de compañeros de bloque.

No suelo mantener relaciones con mis sumisos más allá de las fiestas y sesiones.

¿No dijiste que desde que desapareció el contrato, ya no lo soy?

Ya me entiendes... La verdad es que eres un adonis y desde que te conocí me pareciste un hombre más que deseable, además, en estos dos días y medio que llevo aquí he empezado a conocerte y también puedo decir que eres el hombre más bueno y altruista que he conocido en mi vida.

Vaya, gracias. Es muy importante que me valores así para mí.

Te valoro por lo que veo y te mereces.

Entonces, ¿eso es un sí?

A nadie le ha hecho daño hacer un *picnic* en *Hyde Park*, ¿no?

Genial, pues ya sabes, mañana a las nueve, en el portal.

Allí estaré. ¿Llevo algo?

Solo las ganas de conocerme.

¡Jajaja!, hecho.

Sonrío y lamentablemente tengo que despedirme de ella, puesto que debe irse a trabajar. Ella todavía no lo sabe, pero voy a conseguir que vuelva a quererme, que se sienta especial, que la magia vuelva a nosotros y podamos ser felices de una vez por todas.

Salgo a comprar algunas flores y alguna que otra decoración. Mi piso de soltero da pena, está casi sin amueblar y es que, al estar solo, lo tenía en plan minimalista, pero ahora quiero vivir, quiero que la luz y el color vuelvan.

Compro cuadros coloridos, flores de plástico, naturales, y muchas más cosas que me ha recomendado la chica de la tienda. Llego a casa con más bolsas que el día que le compré todas aquellas cosas a Lara.

Me dedico a decorarlo todo y dejo un ramo de flores frescas sobre su cama, para que cuando llegue pueda ver enmarcada por un momento esa sonrisa tan bonita que tiene por la sorpresa recibida.

Mi móvil suena y lo cojo al tercer toque. No sé quién es, porque no tengo números guardados más que el de Lara, pero al clonar mi tarjeta, cualquiera de mis contactos puede llamarme.

¿Diga?

Hola, Sebi.

Alisa, ya sabes que odio que me llames así – ¿Para qué narices me llama ahora mi expareja?

Bah, tonterías.

¿Qué necesitas? – Sé que necesita algo, porque solo me llama cuando es así.

Solo te llamaba para ver cómo estabas. No necesito nada.

Alisa, te conozco, cuando me llamas siempre necesitas algo.

Está bien. Necesito dinero, pero te lo devolveré, te lo prometo.

¿Cuánto?

Veinte mil euros.

Joder Alisa.

Es que *Ricky* se ha metido en un lío.

No tengo tanto dinero.

¿Cuánto tienes?

Ocho mil a lo sumo.

Me conformaré.

Está bien. Mándame el número para la transferencia y lo haré esta tarde. Tienes un año para devolvérmelo, que nos conocemos. Nunca me devolviste los tres mil euros.

Pero me los perdonaste, fue un regalo de bodas.

Pues sí que me salió caro el regalo de bodas. Suerte que te quiero y que eres una buena amiga, sino pagaría a un sicario con esos ocho mil euros para que te borrara del mapa, que eres como un saco roto para mí.

Jajaja, me encantan tus chistosas amenazas. Bueno, muchas gracias, precioso. Eres el mejor, te queremos. Chao.

Cuelga y yo pongo los ojos en blanco. Solo ella podría tener tanto morro. Suerte que tengo algo ahorrado, aunque ahora me voy a quedar más pelado que el culo de un mono. Más le vale que me lo devuelvan en un año, o rodarán cabezas.

Dejo el teléfono sobre la mesa principal y me siento en el sofá a ver un poco la televisión mientras busco argumentos para el caso de *Nathan*. Si por mí fuera, se pudriría en la cárcel, pero si esto salpica a Lara, no me lo perdonaré nunca.

Cuando las cosas vayan avanzando y coja más confianza conmigo, se lo preguntaré sin paños calientes. Es mejor quitar la tirita rápido para que pique al principio, pero duela menos al final.

Quiero que me cuente si era o no conocedora de los chanchullos de su marido, bueno, exmarido, y

si ella firmó esos papeles sabedora de lo que estaba haciendo. Si disfrutó de ese dinero sabiendo de dónde venía o si les robó a los ciudadanos a sabiendas.

Voy haciendo anotaciones, colocando *pos-it* en las hojas y cuando me voy cuenta son casi las ocho de la tarde. Lara debe de estar a punto de llegar del local de uñas y me muero por verla y pasar tiempo con ella, por no hablar de que tengo que hacer la cena.

Quizá hoy sea un buen día para pedir comida china a domicilio. Hoy me merezco no cocinar, me lo he ganado. Me dedico también a zapear un poco en el televisor cuando escucho el tintineo de las llaves. Lara está en casa.

Hola preciosa, ¿cómo ha ido la tarde?

Pues la verdad es que bastante bien. Es estresante, pero me gusta, me satisface y me siento completa como persona.

Me alegro. He pensado que hoy podríamos cenar algo de comida china y quizá un postre de lo más especial.

Me parece una idea excelente.

Pedimos la comida china por *Internet* y media hora después la tenemos sobre la mesa y empezamos a hincarle el diente. No tardamos mucho en devorar hasta la última miga. Miro a Lara con una sonrisa maléfica.

¿Cómo ha ido el día hoy, Sebastian?

La verdad es que bien. He tenido reuniones en el trabajo, he estado analizando datos y después he ido a comprar algo. Una sorpresa que no pienso decirte hasta la fiesta del viernes.

Me encantan las sorpresas.

Pues creo que esta te va a gustar.

Lo he pensado todo. Compraré algo de embutido, pan y haré una ensalada verde o de pasta,

todavía no estoy seguro. Lo que sé es que quiero que sea igual de especial que la otra vez o más.

Cuando recogemos la mesa, tras la cena, llega la hora del postre y anoche, cuando dormía, tuve una fantasía más que tórrida en la que Lara acababa abierta de piernas y yo entre ellas disfrutándola.

La tomo por sorpresa y la siento en la mesa del comedor antes de subirle el vestido ante su atenta mirada de sorpresa. Le arranco la ropa interior y abro sus piernas, exponiéndola por completo a mí.

La dejo ahí, bien abierta, por un momento, mientras voy en busca de algo. Cuando vuelvo, porto un bote de nata, la cual reparto por su raja. Me muero de ganas de comérmela, entera, de arriba abajo.

Abro sus pliegues para tener más espacio para degustarla y mi rostro se acerca. Y entonces empiezo a retirarla con mi lengua. Me deleito con el sabor de la nata entremezclado con sus jugos, que han pasado a ser mi sabor preferido.

Sus gemidos empapan las paredes del salón y mi lengua disfruta arriba y abajo, como una brocha o un pincel que crea una obra de arte a partir del color y la inspiración. Muerdo suavemente su clítoris y sigo degustándola a placer, ahora dejando a un lado la nata.

La tomo de las caderas y la pego más a mi boca, introduciendo la punta de mi lengua dentro de ella, como si fuera mi miembro, acto que provoca que sus uñas se claven en la madera de la mesa, mientras jadea y gime a partes iguales.

Estás tan deliciosa que no dejaría de saborearte durante días, hasta que ya no pudieras más y te temblaran hasta las pestañas y, cuando te levantas, ni las piernas pudieran sostenerte.

No pares, por favor, no pares.

No pienso hacerlo.

Meto dos dedos en su interior mientras doy pequeños azotes a su clítoris con mi lengua, lo muerdo, lo pellizco, la hago temblar como pocas veces la he visto. La deseo como no he deseado a nadie en mi vida.

Estoy duro, como un diamante y quiero que ella me deguste a mí también, pero tiempo al tiempo, no quiero pedírselo, quiero que ella lo haga porque desee hacerlo. Que me lo pida y se muera de ganas de llevarlo a la práctica.

Y entonces explota, cuando succiono su clítoris mientras lo azoto con fuerza con mi lengua, y derrama todo su ser entre mis labios, produciéndome un estado de éxtasis con el que se me empapa la ropa interior al instante. Hasta yo me he corrido y ni siquiera me ha tocado.

La tomo en brazos y la subo a su piso, a su cuarto, a su cama. Está arrolladora tras el orgasmo, pero también exhausta, apenas puede pestañear. Está dormida, ni siquiera me he dado cuenta de cuándo ha pasado, pero parece un ángel, mi ángel.

Me doy una ducha y me cambio de ropa, ya que la tengo húmeda al expulsar mi simiente, y me meto en la cama. Toca descansar, que mañana tengo que organizar el *picnic* y quiero que todo salga a pedir de boca.

Quiero ver el atardecer y que las estrellas nos bañen con su luz mientras ceno con la mujer de mi vida y vuelvo a disfrutar de lo que es la completa felicidad. Es un sueño que espero que se haga realidad.

Ha pasado media mañana y parte de la tarde. He tenido un día monótono y aburrido, pero no me ha importado nada, porque estoy emocionado e ilusionado. Hoy vamos a tener nuestra primera cita y todo tiene que salir perfecto.

La espero en la puerta a las nueve de la noche, justo a la hora a la que habíamos quedado. Llevo una cesta de mimbre con comida, bebida, copas, servilletas y un mantel. La veo llegar del trabajo

y la sonrisa le ilumina el rostro cuando me ve preparado en la puerta de casa.

Llevo unos vaqueros desenfadados y una camiseta de manga corta básica, blanca. No quiero ir con traje, como cuando voy a trabajar, quiero que me vea con otra ropa que no sea de chaqueta y camisa.

Caminamos en silencio al principio, quizá porque ambos estamos nerviosos, no en vano es nuestra primera cita, desde la última vez, aunque ella no lo sabe, y espero que sea la primera de muchas.

Llegamos a *Hyde Park* y buscamos un sitio que sea perfecto, en el césped, donde no haya ningún árbol que pueda taparnos un cielo que amenaza con estrellarse de un momento a otro.

Extendemos la manta y nos colocamos, sacando platos y la comida de la cesta para preparar el *picnic*. Lo último en salir de la cesta son las copas de plástico y una botella de vino.

Lleno ambas copas y le ofrezco una de ellas, la cual acoge con alegría. Después, tomo yo la mía y la alzo a la altura de la suya. Me gustaría brindar, como ya hicimos antaño, aunque el calimocho de aquella época no es equiparable al vino de esta.

Me gustaría hacer un brindis por el amor, el motor que hace que el mundo gire cada día – y utilizo exactamente las mismas palabras que ya usé en su día, en un momento como este hace más de veinte años.

Salud – chocamos las copas y bebemos un poco de vino. Hacemos una pausa para tragar antes de que ella siga hablando. – Sabes, lo que has dicho, creo haberlo oído antes. ¿Es una cita célebre?

No.

Ah bueno, supongo que estaré confundida – pero no lo estaba, sí que había ocurrido, aunque me imagino que su recuerdo era un borrón apenas imperceptible.

Y entonces el sol empezó a esconderse. En verano oscurecía más tarde, lo que nos daba un poco más de ventaja para poder contemplar su despedida y eso hicimos. Me senté a su espalda y retiré su pelo de manera disimulada antes de ponerme a dibujar formas en la espalda con mi propio dedo.

Ella no dijo nada, tampoco parecía incómoda, simplemente miraba ese sol vergonzoso que se escondía despacio de la humanidad. Sonreí al verla relajada, feliz, completa. Era así como habíamos contemplado la puesta de sol.

Yo, detrás de ella, dibujando en su espalda con la punta de mis dedos. La diferencia es que en ese momento había escrito en su espalda un “te quiero”, y ahora solo podía hacer formas informes para imitar la situación.

Cuando la oscuridad se adueñó de todo y las tímidas estrellas empezaron a brillar, nos pusimos manos a la obra para acabar con toda esa comida que nos llamaba inevitablemente para que la devoráramos.

Estuvimos hablando de nuestros sueños, deseos, hobbies, de cualquier tema que se nos ocurría y entre risas las historias hacían volar nuestra imaginación.

Al acabar, nos tumbamos en la especie de manta improvisada que había traído para observar las estrellas. No es que sea un gran experto, pero hoy es una gran noche, sobre todo, porque al no haber ninguna nube, se pueden ver las estrellas con mayor nitidez.

Me siento el ser más afortunado de la faz de la Tierra. Poder volver a tener una oportunidad con Lara, es como si me hubiera tocado la lotería dos veces. La miro y sé que ella es el mayor trofeo que existe.

Quiero besarla, me muero de ganas de hacerlo, pero no quiero incomodarla, todavía es demasiado pronto, así que cuando veo que empieza a bostezar, entiendo que ya es hora de volver a casa. Mañana hay que madrugar y quiero llevarla a la feria.

Creo que fue nuestra cuarta cita. Comimos algodón de azúcar y nos subimos en mil y una atracciones, y sí, puede que a nuestra edad eso ya no se lleve, pero dicen que todos llevamos a un niño dentro, además, ¿quién demonios no se divierte en una feria?

No tardamos mucho en llegar a casa. Me da un casto beso en la mejilla para agradecerme tan deliciosa velada y sube a su cuarto y, aunque parezca indecente y fuera de lugar, yo lo que quiero es subir, arrancarle la ropa y follármela como si fuera el fin del mundo y lo hiciéramos por última vez.

Tras una ducha y lavarme los dientes, me meto en la cama, pero es imposible dormir con este calentón después de haber pensado todas esas cosas mientras le miraba el culo cuando subía las escaleras que llevan al piso superior.

Así que, contra todo pronóstico, me tumbo boca arriba y busco su nombre en el teléfono móvil. Allí está, tan preciosa como siempre. Me quito la ropa interior y empiezo a masajear mi miembro despacio.

Un hombre tiene sus necesidades y todo el mundo lo sabe. Me la imagino sobre mí, cabalgándome sin piedad y exprimiéndome con su prieto y fresco coñito que me enloquece con únicamente pensarlo.

Voy aumentando la velocidad y apretando más y más por momentos. Está muy dura y las venas se marcan como si fueran a explotar, y sí, eso es lo que voy a hacer yo, explotar.

Su clítoris rosado me viene a la mente, abierto y expuesto para mí, deseoso de que pase mi lengua por cuan pequeño es y me deleite no solo con el sabor, sino con cada uno de los roces que su carne palpitante y mi lengua se profesan.

Solo imaginar sus ojos de gata mirándome con deseo mientras juega conmigo y con mi cuerpo me excita sobremanera. Estoy a punto de explotar y lo sé, pero intento alargarlo todo lo posible y prolongar este placer que me enloquece.

Mi verga me pulsa en la mano mientras imagino como se arrodilla ante mí y juega con la punta de su lengua en mi glande, creando pequeños círculos con esta y proporcionándome un placer inigualable, de esos que hasta se te ponen los ojos en blanco, como si hubieras esnifado la mejor droga del mundo.

Agito mi mano muy rápido, demasiado rápido, ahora imaginándome cómo sus carnosos labios rodean mi falo, succionándolo con un deseo inconmensurable, saboreándose y alimentándose de mí, enloqueciendo con cada chupada, arañando mi piel con sus dientes felinos mientras con sus manos amasa mis testículos.

Y solo necesito esa breve imagen, donde ella engulle por completo mi pene, para que la fantasía que estoy viviendo haga que explote como tantas veces ha hecho al tocarme pensando en ella, empapando todo lo que toca.

Acabo exhausto, jadeante, antes de tener la suficiente fuerza y estabilidad como para levantarme y darme una ducha que limpie toda la simiente antes de volver a dormirme y eso hago.

Nuevamente, tras la ducha, vuelvo a meterme en la cama, dando por finalizado un día de lo más productivo. Creo que hemos dado un paso más en esta relación que empezamos a tener.

Quién sabe, puede que descubra más pronto que tarde quién soy y me dé otra oportunidad para enamorarla cada día, hasta del fin de los tiempos. El tiempo dirá qué nos depara el destino.



Capítulo 5: Goce y pasión (Lara)

Hoy es el último día de mi semana de prueba y creo que la he pasado con creces. Ya es viernes y los fines de semana no trabajo, imagino que Sebastian le habrá pedido a su amiga que no sea así y a mí me viene de lujo.

Es viernes y hoy tenemos la fiesta de máscaras de *Liah*. Ha sido una semana un poco extraña. Desde que Sebastian y yo tuvimos aquella primera cita en el parque, no hemos vuelto a hacer nada y la verdad es que me hubiera encantado.

Que yo diga eso es raro, sobre todo, porque no tengo citas con ningún hombre desde que me divorcié de mi exmarido, pero con mi casero es diferente, todo con él es diferente y me gusta, me gusta mucho.

También es cierto que, tras esa primera cita, si es que se puede llamar así, ha llovido como si se acabara el mundo todos los días, así que hacer algo, al menos al aire libre, era prácticamente imposible.

Como todas las mañanas, ya se ha ido a trabajar y me ha dejado el desayuno en la puerta, con una flor de plástico en la bandeja y una nota. Meto la bandeja y la dejo encima de la mesa del comedor antes de coger la nota y abrirla.

<< Sobre mi sofá tienes una bolsa con una tontería, pero una que vas a necesitar esta noche. Espero haber acertado, o más bien, que haya acertado la vendedora. Te deseo que pases un buen día. Un gran beso>>.

Cojo la flor y la huelo. Le ha echado su perfume, lo sé porque a veces lo huelo en silencio. Huele a una mezcla entre almizcle con miel y mango. No sé cómo explicarlo, es dulce, pero varonil a la vez y más que atrayente. Creo que se sentiría atraído por él hasta un mono.

Voy al piso de abajo tras desayunar en busca de ese misterioso regalo que me espera, lo más

seguro, en el sofá de Sebastian. Me siento en el sofá y cojo la bolsa antes de abrirla. Cuando veo lo que hay dentro, mi sonrisa se ensancha hasta niveles insospechados.

Es una máscara de encaje preciosa, obviamente para la fiesta de esta noche. Es muy detallista y eso me encanta. Yo también soy muy detallista, pero ahora no tengo ni una libra para poder hacerle un regalo.

Estoy hasta pensando en hacer una manualidad a lo niña de diez años, sobre todo, para no sentirme tan mal porque él siempre me da todo y me ofrece detalles y yo a cambio, no se lo agradezco con nada.

Algo se me ocurrirá. Me dedico a limpiar su piso, al menos que eso sea un inicio y se lo dejo impoluto antes de marcharme a trabajar. Esta vez no lo espero, quiero llegar pronto para hacer algo que se me acaba de ocurrir mientras limpiaba.

Le dejo unos macarrones que he preparado en el microondas y camino en dirección a *Beauty Nails*, que está a unos quince minutos caminando. *Blair* se sorprende de que haya llegado casi media hora antes de mi entrada.

Hola Lara. ¿Qué haces aquí tan pronto?

He venido porque quiero hacerle un detalle a Sebastian por todo lo que me está ayudando y me preguntaba si tenías alguna caja de maderita o cartón de esas que no quieres y tienes intención de tirar. Me gustaría decorarla con algunos dibujos hechos a pincel y pintaúñas.

Claro. Puedes coger lo que quieras. Hay cientos de cajas de todo tipo en el almacén, incluso de plástico y, mientras no me gastes las pinturas, puedes hacer lo que quieras. Es más, si me gusta como te queda, puede que te encargue alguna más para venderla aquí. Todo lo que sea dinero, viene bien para el negocio.

Y yo estaré encantada de ayudar.

Genial.

Bueno, me pongo con ello, que solo tengo media hora – nos despedimos y me meto en el almacén.

El lugar está abarrotado y hacen cola hasta en la calle para que atendamos a las mujeres deseosas de decorar sus uñas con miles de colores y dibujos. Cierro la puerta del almacén para no molestar.

Escojo una pequeña caja de madera. Mi intención es que la use, si es que quiere, como caja para dejar las llaves una vez llega a casa, ya que siempre las deja tiradas en el recibidor por falta de lugar.

Le doy una capa de base de uñas, que hace las veces de barniz para que no se dañe la madera y se conserve mejor la pintura sin resquebrajarse. Básicamente para poder pintar mejor, no nos engañemos.

En el interior de este dibujo dientes de león, que vuelan por cada uno de los laterales de la caja, como si buscaran escapar de la misma y me centro en dibujar tulipanes en las paredes laterales exteriores.

La verdad es que la estoy decorando como a mí me gustaría que me la hicieran, así que espero que sea suficiente y que realmente le guste o aprecie el trabajo que estoy haciendo, tal y como yo aprecio todo lo que él hace por mí, aunque no sea equiparable.

Acabo decorando la última zona que me queda, la tapa, con un bonito corazón que posee una cerradura en su interior y obviamente para abrirlo tienes que meter la llave dentro de la caja, un chiste malo de los míos.

Se me da bien dibujar, desde bien pequeña, es más, estuve a punto de estudiar arquitectura y no derecho, pero al final tiré más por defender a la gente de las injusticias sociales que por diseñar edificios, qué se le va a hacer.

Todavía me quedan unos minutos antes de iniciar mi jornada laboral, pero salgo para empezar ya. Hay mucha clientela y las chicas no dan abasto. Salgo, dejando la caja sobre la mesa para que se seque bien tras otra capa de base, ahora por encima del esmalte, pero *Blair* me interrumpe.

Déjame ver tu obra de arte, Lara. Conozco bien a Sebastian, llevamos tiempo siendo amigos, así que puedo decirte a ciencia cierta, si va a gustarle.

Claro, cómo no.

Le enseño la caja y se queda sorprendida por el detallismo. La verdad es que no me ha quedado nada mal. Espero que a él le guste. Estoy dándole vueltas a eso de que lo conoce bien. ¿Acaso han estado juntos?

Es jodidamente maravillosa. Lo he decidido, cuando no haya mucha clientela, me vas a hacer cajitas de estas y las ponemos a la venta, estoy segura de que se van a vender como churros. Por cierto, quería esperar a finalizar la jornada laboral, pero qué demonios, te lo dijo ahora. Estás oficialmente contratada Lara. ¡Felicidades! Aunque de momento deja el gel para las otras chicas, que el otro día hiciste un estropicio...

Muchísimas gracias, *Blair*, no sabes lo feliz que me haces.

No hay de qué, te lo has ganado sobradamente.

Blair, ¿te puedo hacer una pregunta? – Y allá va, la tengo rondando en la cabeza y no hay manera de que se vaya.

Por supuesto.

— Tú y Sebastian, ¿habéis, tenido algo?

¿Yo y Sebastian? ¡Jajaja! A mí me va el pescado, preciosa, la carne la dejo para las demás, ya me entiendes...

Captado – le guiño el ojo. Parece que, si solo quedáramos Sebastian y yo en la Tierra, además de *Blair*, no sería con él con quien se enrollaría.

Me quedo mucho más tranquila, la verdad y no sé por qué. ¿Acaso estoy celosa? No he estado

celosa desde la facultad, o sea que ya ni siquiera recuerdo lo que es eso. Solo sé que Sebastián me tenía loca y por tonta lo perdí.

Parece que mi vida está destinada a encontrarse con Sebas. Primero fue Sebastián y ahora Sebastian. Uno con tilde y el otro sin. Recuerdo una tía mía que estuvo con tres Juan, hay veces que pasa. El destino es caprichoso, qué le vamos a hacer...

La tarde es estresante, pero la paso con una sonrisa en los labios, sobre todo, porque sé que el puesto es mío y eso me hace estar más tranquila, significa sueldo fijo todos los meses.

No es que sea el sueldazo de Nescafé, pero me da para vivir, que es lo que necesito en este momento. Es obvio que no me da para reconstruir la mansión, pero mi cabeza y yo ya la hemos dado por perdida.

Al terminar, envuelvo la caja con papel de seda, o creo que se llama así, que es lo único que tenemos en el local, de color azul y salgo más contenta que unas castañuelas. Me despido de todas hasta el lunes y pongo rumbo a casa.

Tardo unos quince minutos en llegar. Todo está en silencio, parece que Sebastian todavía no ha llegado, así que subo a la habitación para cambiarme. Voy a darme una ducha antes de ponerme uno de los modelos que compré junto con los juguetes.

Me queda como un guante, ha acertado con la talla. No me lo había probado hasta ahora. Después me maquillo con un sombreado degradado de gris a negro y me coloco los tacones.

Por último, me peino lo mejor que puedo antes de colocarme la máscara y bajar al piso de él para dejarle la caja sobre la mesa del comedor, donde espero que la vea en cuanto llegue a casa.

Me siento a esperarlo en el sofá y cuando escucho, poco después, el tintineo de las llaves en la puerta, sé que ha llegado ya. Estoy nerviosa, no nos vamos a engañar, es la primera vez que vamos a una fiesta como “pareja”.

Me he puesto el perfume que me regaló, así que espero que se dé cuenta. Cuando entra, se queda boquiabierto al verme vestida de esa guisa y sonrío complacido cuando se acerca para darme dos besos e inspira mi aroma.

Estás sumamente hermosa, mi ama, y hueles de maravilla.

Cortesía de mi casero – le digo guiñándole el ojo.

Veó que estás más que lista para irnos a la fiesta, si te parece bien, pararemos a cenar en un mejicano.

Me encantaría comer en un mejicano, adoro su comida. Me la enseñó alguien del pasado al que quiero mucho y fue uno de los mejores descubrimientos de mi vida.

¿Una expareja tal vez?

Sí, una que tuve en la universidad.

Interesante... – sonrío pensativo, pero no le doy mayor importancia.

Me pide un momento para darse una ducha después del trabajo y cambiarse. Mientras tanto, veo algo de televisión y me quito la máscara. Si vamos a ir a cenar como que no pega mucho llevarla.

Cuando Sebastian sale ya arreglado se me cae la baba disimuladamente. Es jodidamente perfecto y solo quiero babear como un caracol a su alrededor. Parezco una quinceañera con las hormonas bailando *Reggaetón* y yo nunca he sido así ni me he puesto así con nadie. ¿Qué narices me pasa?

Tengo que volver a ser la Lara responsable, seria, no quiero que me vean flaquear y se aprovechen de mí. Me levanto seria y me acerco a su posición. Su rostro se torna serio al ver el mío, sabe que me pasa algo.

Arrodíllate – le digo muy fríamente. Veo que lo hace, eso me gusta más.

Me subo el vestido hasta la cintura para que descubra que no llevo ropa interior y ponerlo

caliente. Giro el cuerpo para darle la espalda y sé que me está mirando con atención sin saber qué es lo que quiero.

Tengo la piel de las piernas muy secas, hidrátamelas - giro mi rostro y lo miro directamente a los ojos – con la lengua.

Sonríe ladino y acaricia mis piernas suavemente con las manos antes de hacer lo mismo con la punta de su nariz. Su respiración cosquillea mi piel desnuda, pero no digo nada y entonces noto su húmeda lengua acariciar mis talones y mi cuerpo empieza a temblar.

Sí, estoy temblando, mi cuerpo reacciona a él, como no lo ha hecho con nadie, pero intento disimular para que no sepa que tiene ese poder sobre mí. Él prosigue acariciándome con su lengua, por cuan larga es mi pierna izquierda.

Jadeo en silencio y me muerdo el carrillo mientras continua con esta deliciosa tortura pasando ahora a mi pierna derecha. Ahora es la lengua lo que me muerdo, aunque lo que realmente me encantaría sería morder la suya por hacerme sentir lo que siento.

Y entonces se sobrepasa de lo que le he ordenado y su lengua viaja a mi trasero, el cual araña con sus dientes y calma con su lengua y cuando esta recorre mi entrada casi me desmayo de placer.

No es que sea la primera vez que me lo hacen, pero no me lo esperaba y ha sido una sensación de lo más agradable. Aprieto tanto los puños que incluso me clavo las uñas en las palmas, dejándolas marcadas, pero no me importa.

Finalmente, viendo la hora, decido que ya es momento de marcharnos, o llegaremos tarde a la fiesta si todavía tenemos que cenar, así que hago que pare y se levante del sueño. Se sacude las rodillas de alguna que otra pelusa y me sonrío relamiéndose.

Bajamos a la calle principal para tomar un taxi. Si vamos a beber es mejor no conducir para luego no dejar el coche abandonado en, vete a saber dónde.

Nos subimos en uno que pasa poco después y nos lleva al mejicano. Sebastian no habla del todo

bien el inglés, pero se defiende. En realidad, no hemos hablado nunca de sus orígenes.

Ya me llamó la atención el día que nos conocimos, pero hay muchos hispanos en Londres, yo entre ellos, así que tampoco es tan raro, es más, se reúnen en comunidades para sentirse más integrados y comunicarse.

No le he dado la caja de música, con tanto lío para vestirnos para la cena y la fiesta, se me ha ido de la cabeza, con lo nerviosa que estaba por entregársela y ver si le gustaría, pero no importa, ya se la daré a la vuelta.

Es que lo he olvidado todo en el momento en que su lengua ha rozado mi piel y mi cuerpo ha respondido con un temblor, que me ha atravesado la columna vertebral hasta llegarme a las entrañas.

Llegamos al restaurante y nos acompañan a una mesa de lo más tranquila antes de tomarnos nota. La verdad es que no conocía este sitio y mira que llevo tiempo viviendo aquí. Está algo escondido y es difícil de encontrar, pero es un paraíso, un pedazo de Méjico impregnado en estas paredes.

¿Y a quién no le gusta meterse en una burbuja que lo lleve por unos instantes a una cultura diferente de la que poder disfrutar?



Capítulo 6: Libido y lujuria (Sebastian)

Ha recordado nuestra cena en el mejicano cuando éramos dos soñadores que luchaban por convertirse en abogados. Espero que siga tirando de la manta en lo que a recuerdos se refiere y que por fin pueda reconocermé.

Pedimos la comida en el restaurante tras la más que acalorada pequeña sesión de sumisión que hemos tenido en el salón de mi casa. Pedimos unas fajitas de pollo, unos tacos, enchiladas y nachos con guacamole.

Prácticamente lo mismo de la otra vez. Parece que los gustos no cambian, aunque hayan pasado los años. Eso no ha cambiado y espero que sus sentimientos por mí tampoco.

Estamos disfrutando de los burritos cuando siento su pie desnudo sobre mi paquete, que masajea con pericia bajo la mesa y el largo mantel. Casi escupo el burrito de la sorpresa, pero, poco a poco, me relajo y simplemente disfruto de las sensaciones sin que se note de cara al resto.

Solo ella y yo sabemos lo que estamos haciendo y estas tentaciones que me ofrece Lara, es algo que jamás me había ocurrido, es más, nunca había practicado este tipo de sexo, pero cada vez me gusta más y más. Amoldarme a ella me ha hecho darme cuenta de que también es algo que me gusta a mí. No tengo que amoldarme, sino dejarme llevar.

Bajo las manos y masajeo su pie despacio con una mano mientras acaricio su pierna con la otra. Acaba retirando el pie, más que nada porque si no, no comemos ninguno de los dos y vamos a llegar tarde a la fiesta.

Sé que no hay nada que enfurezca más a Lara, que llegar tarde a donde vaya. No tardamos en terminar de comer. Ni quiera tomamos postre, vamos a explotar de un momento a otro y, aunque esta noche vayamos a quemar de lo lindo, no hay que pasarse.

Tomamos un nuevo taxi, una vez hemos pagado la cuenta, para dirigirnos a la fiesta y esta vez es

Lara quien le da la dirección al taxista, sobre todo, porque yo no tengo ni idea de a dónde vamos.

Llegamos a una mansión, parecida a la que tenía Lara y en el mismo vecindario. Parece que la que da la fiesta era su vecina. Paramos y bajamos del taxi. Es el momento de la verdad. Ella todavía no ha visto mi máscara, pero es hora de que me la ponga y la sorprenda.

La saco del bolsillo de mi americana y me la pongo mientras ella camina hacia la puerta de la mansión para pulsar el timbre. Cuando se da la vuelta para ver dónde estoy, me encuentra con una máscara de látex que cubre toda mi cabeza y tiene una cremallera a la altura de la boca.

Se queda con la boca abierta, esa boca que a mí no se me ve y sonrío con los ojos iluminados. Yo le sonrío también, aunque no pueda verla y se acerca a mí cogiéndome de la mano, marcando lo que es suyo, antes de entrar, ya que nos han abierto la puerta principal.

Lo que veo al entrar es como si me hubiese convertido en Alicia y estuviera en el país de los horrores. Parece que he ido al infierno y no me he enterado. No sabía que la fiesta era de Santos y Pecadores, pensé que era de máscaras.

Lara, que conoce a la mayoría de los asistentes, pese a que llevan máscara, los saluda, mientras que yo me quedo en la entrada hablando con la anfitriona, que me retiene para, me imagino, darme conversación.

Así que eres su nuevo juguetito. Lo siento cariño, pero no te hagas ilusiones, no creo que dures mucho. Diosa desecha a sus esbirros como quien se cambia de braga cada día.

Sea o no así, no es asunto suyo.

En cambio, yo, soy un ama paciente, comprensiva, que no desecha a la primera y que te hará volar.

Pues yo soy un sumiso fiel y no voy a estar con otra persona que no sea mi Diosa. Le agradezco el ofrecimiento, pero no estoy interesado.

Lara vuelve entonces con la ceja alzada, puedo verlo por encima de la máscara. Me toma de la mano nuevamente y la anfitriona, que ni siquiera sé cómo se llama, nos sonrío y nos hace preguntas para averiguar qué color de pulsera darnos.

También me pasó eso en la fiesta de Lara. Uno de sus sumisos antiguos me dio una pulsera negra porque miré en la muñeca de mi Diosa y la llevaba negra. Sabía las reglas y si llevábamos el mismo color tenía posibilidades.

Nos ponen dos pulseras negras y pasamos juntos a la sala principal. Lara ya ha saludado a todos los asistentes, así que pasamos directamente a una de las habitaciones. En esta hay una jaula, muy parecida a la de la tienda en la que entré y me compré esta máscara.

Lo que más me llama la atención es que dentro de la jaula hay un chico, u hombre, no sé realmente la edad que tiene, ya que porta una máscara muy semejante a la mía y cadenas en manos y pies. Está completamente desnudo.

Lara me tira en la cama y cierra la puerta antes de empezar a bajarse la cremallera delantera del vestido negro que lleva. Sé que no lleva ropa interior, ya me lo ha demostrado, así que solo puedo esperar que sus pechos salten a darme la bienvenida en cuanto baje un poco más la cremallera.

En un abrir y cerrar de ojos aparece frente a mí desnuda, suave, pálida, mía. Me endurezco al momento, ese es el poder que tiene sobre mí y lo sabe bien. Me humedezco los labios con la lengua y la miro, esperando a que me pida que me desnude.

No tarda mucho en hacerlo, pero mi cabeza está pensando en algo más. ¿De verdad vamos a hacer esto con el chico de la jaula mirándonos? Estar juntos ella y yo, es algo íntimo y privado, no quiero que nadie nos vea, es nuestro momento, solo nuestro.

Desnúdate, pero déjate la corbata. ¡Ahora! – me insta mi ama y yo como buen sumiso, aunque aprendiz, cumplo sus deseos.

Sí, mi Diosa.

Hago lo que me pide, pero me dejo la corbata, como me ha especificado y espero paciente a ver qué es lo que tiene pensado hacer, aunque me molesta la presencia del enjaulado, que se está tocando y endureciendo mientras observa la escena.

Lara se sienta sobre mis piernas y acaricia mi pene con su sexo, que ya está húmedo y preparado para mí, me imagino que, por la excitación, que ambos sentimos y se nos nota, aunque de manera diferente.

Cuando creo que solo me voy a correr con el roce de sus labios inferiores sobre mi falo, se levanta y coloca su húmedo y fresco coñito en mi boca tras tumbarme en el colchón. Quiere que la devore y yo estoy deseando hacerlo.

Toma mi corbata y rodea con ella su mano, tomando el control de la situación, como si de una correa se tratara y jala de mí para que me amarre bien a su zona más íntima mientras con la otra abre la cremallera de mi máscara para que pueda sacar mi lengua y labios para darle placer.

Me la como entera, la degusto y me vuelvo loco haciéndolo. Entro con mi lengua dentro de ella y me empapo bien de sus jugos, bebiéndomela entera mientras con las manos amaso su trasero.

Paso mi lengua arriba y abajo, mordisqueando sus labios y el botón de su placer antes de darle golpes con mi lengua. Tiembla como pocas veces la he visto y sujeta mi corbata con más fuerza.

Entonces escucho como la jaula se abre y el que estaba recluido en ella, arrastrado las cadenas que unen las esposas y tintineando las mismas de las manos. No le presto la más mínima atención, me imagino que se marchará.

Pero no lo hace. Lara se levanta de mi rostro y obliga al chico a arrodillarse antes de girarle la cara. A él parece gustarle y yo no puedo entender cómo puede ser que le guste que le peguen.

No vuelvas a salir de la jaula sin mi permiso, o vas a conocerme enfadada. ¿Te ha quedado bien claro?

Sí, ama.

¿Ama? Pensé que ahora solo estaba yo, que se habían extinguido los otros contratos con los antiguos sumisos, sucumbiendo al fuego el día en que se consumió en llamas la mansión, pero parece que Lara ha buscado nuevos.

¿Y si la anfitriona tiene razón? Y si me desecha para quedarse con él, más joven y musculado. ¿Y si solo he sido un pasatiempo que ya ha perdido valor? ¿Me olvidará en un cajón como si nunca me hubiese conocido?

Intento dejar de pensar, más que nada para no perder el hilo y que se me corte el rollo. Me quedo mirando mientras le pide al sumiso, que no soy yo, que vaya a buscar diferentes artilugios al cajón de los juguetes.

Trae algunas cosas que no he visto en mi vida y una de ellas es la que mi Diosa le pide que se ponga. Se quita la máscara para ponerse lo que Lara le ha pedido y entonces puedo verle el rostro.

Es apenas un niño. No tendrá más de veinte años, pero eso no es asunto mío, no hay edad para disfrutar de cualquier tipo de sexo y me alegro de que así sea. Voy a relajarme y solo preocuparme del placer que estoy viviendo y ofreciendo a mi reina.

Me acaricio para que no se me torne flácida. No quiero que piense que no la deseo, pero verla con otro hace que la libido me baje vertiginosamente.

Me hace levantarme de la cama y se tumba ella, desnuda y bien expuesta para mí, bueno, para nosotros. Me voy a acercar, pero ella niega con la cabeza y me hace meterme en la jaula donde segundos antes estaba el joven.

Definitivamente me ha relegado a un segundo plano, pasando el chaval a ser el favorito. Me meto en la jaula y cierro la puerta, tal y como me ha pedido para, me imagino, observar el *show*.

Sebastian, quiero que te toques mientras nos miras jugar, después, si te portas bien, jugaré contigo.

Está bien, mi ama – pero no está nada bien. No quiero ver como otro manosea a la mujer a la que quiero.

Veo al chico colocarse algo en la máscara que se ha puesto y cuando descubro lo que es, me quedo a cuadros. Es un arnés con un pene de látex que se ha colocado a la altura de la boca.

Se arrodilla frente a la cama, donde está tumbada Lara, y empieza a penetrarla lentamente con ese artefacto, como si realmente estuviera follándosela con la boca. Me encantaría hacérselo yo.

Entra y sale de ella, cada vez con mayor rapidez mientras ella se retuerce como una serpiente sobre el colchón de la cama. Sus manos son ahora puños que se aferran a las sábanas y sus piernas se abren más y más para acoger todo ese falso miembro que pretende consumir su fuego de mil maneras posibles.

Se pellizca los pezones y gime sin cesar y eso aumenta mi excitación mientras me masturbo con brío, buscando mi propio placer en el suyo hasta el punto de convertir lo que antes era flacidez, en un pedazo de roca venosa que suplica derramarse por toda la estancia.

Y entonces me mira y sonrío, pero yo no lo hago, no puedo sonreír ante la situación, solo mantenerme estoico, aguantar el chaparrón y no demostrar lo celoso que estoy por no ser yo quien le proporcione placer.

Entonces aparta al sumiso de una patada y se acerca a mí para abrir la jaula y cogermme de la corbata antes de tumbarme en la cama boca arriba y caminar sobre mi cuerpo con una gata en celo

dispuesta a arañarme hasta el alma.

Has sido un sumiso bueno, es por ello voy a darte un premio – muerde mi labio inferior y se relame ronroneando antes de levantarse en busca de algo.

Cuando vuelve, trae algunas cosas en las manos. Una de ellas es un preservativo, que le entrega al sumiso joven y le pide que se lo ponga. Luego me entrega otro a mí para que realice la misma acción.

Una vez ambos estamos enfundados, ella coloca en mis pezones una especie de pinzas que producen descargas y se queda con el mando en la mano. Me imagino que si no le doy el placer que ella desea, me castigará de ese modo y no veo el momento de experimentar qué sensaciones puedo descubrir con ese nuevo juguete.

Después se levanta en busca de una especie de látigo, de varias lenguas y azota al sumiso joven en la espalda y en el trasero mientras este acaricia sus pies con la lengua tras quitarse la máscara y la mordaza de látex en señal de rendición.

La espalda del muchacho está completamente roja y el trasero me imagino que también, aunque no lo veo. Lara se coloca sobre mí y sé exactamente lo que quiere. La cuestión es: ¿voy a dárselo?

La respuesta es sí. Soy capaz de darle al amor de mi vida todo lo que sea preciso para hacerla feliz. Así que asiento cuando me mira y se coloca a horcajadas sobre mí, introduciendo con la mano mi pene en su interior.

Cuando sus paredes me aprietan, me siento atrapado, engullido y esa sensación es placenteramente indescriptible. Entonces veo como el otro la penetra por el trasero mientras ella gime como una loca por el placer que siente al estar completa y llena por todos lados.

Acompasamos los movimientos y al final los tres nos divertimos y disfrutamos realmente del placer que nuestros cuerpos sienten, hasta que Lara pulsa el botón y unas descargas eléctricas

sacuden mi cuerpo desde los pectorales.

Se me ocurre cómo sería si empezara directamente en mi pene o mis testículos, podría ser como sentir cientos de fuegos artificiales en todo el cuerpo. Podría ser apoteósico, el placer en estado puro. Quizá se lo pida cuando estemos solos.

Santo Dios, no paréis, más fuerte y duro, por favor.

Lo que me pidas, mi Diosa – le contesto antes de aumentar la velocidad al tiempo que lo hace mi compañero mientras pellizco sus pezones y el chico su clítoris, haciendo que explote chorreando completamente en mi sexo, empapándolo y llenando todas las sábanas con su elixir.

¡Joderrrrrrr!

Sí, es lo que acabamos de hacer, joder, y parece que te ha gustado – le digo sonriendo mientras ella asiente.

Ahora es momento de que te corras tú, mi querido Sebastian.

Simplemente asiento, no digo nada, porque sé que es mejor así. Como bien se dice siempre, el que calla otorga. El muchacho, arrodillado, mira a Lara a los ojos y esta hace un gesto con la cabeza que el muchacho interpreta y asiente.

Lara me amarra manos y pies con unas cuerdas y es entonces cuando veo al sumiso acercarse a mí a cuatro patas, como un gato cobarde, hasta llegar donde se encuentran mis piernas, atadas a las columnas de la cama.

No sé lo que estará pensando hacer, pero ya le digo yo que no desde ya. Mi Diosa me pone una mordaza en la boca con una bola que se introduce dentro de la misma para que no pueda hablar y acaricia mi rostro con sus pechos mientras me quita las pinzas de los pectorales.

En ese mismo momento, noto como unos labios, que no son los de Lara, rodean mi falo, envolviéndolo y humedeciéndolo por segundos. Intento moverme para apartarlo o soltarme de mi

amarre, pero es tarea inútil.

Mi ama se levanta para dejar las pinzas y toma de nuevo el látigo de ¿diez lenguas? Para darme en el pecho, primeramente, bajando a mi estómago, en el rostro, en las piernas... La siento por todos lados mientras un hombre desconocido se amamanta de mi polla.

Cierro los ojos intentando imaginarme que es ella quien lo hace, sobre todo, porque sé que no va a liberarme de esta tortura hasta que no me corra bien, así que me concentro todo lo que puedo y más.

Me cuesta más que lo que cabría imaginar, pero consigo ponerle cara a esos labios que me están torturando sin piedad, hasta que, en un momento de debilidad y locura, mi simiente se derrama en su boca.

Ni siquiera lo miro. Giro el rostro al tiempo que vuelvo a abrir los ojos y encuentro a Lara con el látigo con el que me ha estado azotando hasta ahora y con una sonrisa en los labios. No he gemido al correrme, no le daré esa satisfacción para que sepa que no me gusta.

Mi Diosa desliga mis amarres y yo me levanto para vestirme, creo que la sesión a terminado, o al menos para mí, aunque el peor parado ha sido el chaval, que ni siquiera lo han dejado culminar, aunque fuera solo.

Doy la fiesta por finalizada, o al menos nuestra fiesta privada y, una vez vestido, salgo al comedor principal a tomar una copa. Creo que hoy he hecho cosas que jamás pensé que haría y he vivido situaciones que tampoco pensé que viviría.

Estoy sentado en uno de los sillones tranquilo, tomando una copa. Ni siquiera sé dónde he dejado la máscara para la fiesta, pero me da igual, cuando se me acerca nuevamente la anfitriona. ¿Es que esta mujer no entiende cuando le dicen que no?

¿Cómo ha ido, guapo? Veo que Diosa te ha llevado a la sala de las jaulas. Me imagino que

o la habrás compartido o te habrá compartido. Quizá ambas cosas.

Eso no es de su incumbencia.

Entonces no me equivoco. Y por el tono de tu voz, parece que no te ha gustado mucho no ser el único. Ya te lo dije. Ya sabes que conmigo sería diferente.

Liah, apártate de mi esclavo.

No te pongas celosa. Sin su consentimiento no iba a hacerle nada que él no quisiera hacer.

Mejor márchate, antes de que me enfade de verdad.

Adiós lindo, nos vemos pronto.

No digo nada, ni siquiera la miro. La verdad es que empiezo a encontrarme algo incómodo aquí después de lo ocurrido, y es lo que le hago saber a Lara. No soy falso ni hipócrita, ni tengo nada que esconder.

Mi Diosa, no estoy cómodo aquí. Bueno, no estoy cómodo en este tipo de fiestas, ni compartiéndote con otro, ni que un hombre me de placer, así que, si no te importa voy a marcharme.

Vaya, discúlpame Sebastian, pensé que te gustaban estas fiestas. Como me comentaste que eras veterano ya en esto, o eso me diste a entender...

Te mentí porque quería estar contigo – llegó la hora de sincerarme. No puedo más. –, pero no puedo seguir con esto, no puedo fingir que este es mi mundo, no puedo fingir que disfruto con este sexo, que deseo darte placer con mi dolor, porque el único dolor que tengo y que no lo desdibuja el placer, es que no puedo tenerte como me gustaría, de que no puede medirse ni con todas las varas del mundo lo que siento por ti.

Perdóname si te he presionado en algún momento. No quería que te sintieras así, debiste

ser sincero desde que nos conocimos.

¿Me hubieses conocido entonces?

Probablemente no.

Entonces ha merecido la pena todo lo que ha ocurrido para que tu vida y la mía se hayan encontrado de nuevo.

¿De nuevo?

Olvídalo, mejor me voy a casa. Te veo allí hoy o quizá mañana.

No digo más. Me levanto del sillón y salgo por la puerta. No quiero que me siga, es más, prefiero que no lo haga. No tardo mucho en llegar a casa en un taxi y nada más llegar me doy una ducha, fregándome bien con la áspera esponja. Me siento sucio y me doy asco.

Solo pensar en lo que hemos hecho hoy... Me meto en la cama a las cuatro de la madrugada, aunque hace dos horas que llegué y pongo el televisor para sentir que hay alguien conmigo.

Es una sensación extraña, no quiero estar solo, me siento como un niño desvalido, pero tampoco quiero estar con Lara ahora, no es el momento, creo que necesito algo de distancia para recuperar la cordura.

Y yo que pensaba que lo nuestro iba viento en popa... Había hecho todo por que ella se sintiera a gusto, que no le faltara de nada, que intentara recordarme para después ir poco a poco enamorándose de mí. Mi plan había fracasado estrepitosamente.

Mañana, bueno ya hoy, iba a llevarla a la feria, ya que con las lluvias no había podido tener ocasión de hacerlo antes, e íbamos a montarnos en la rana saltarina, esa en la que nos montamos en nuestra segunda cita, donde le regalé un corazón de peluche que había conseguido en un puesto de tiro al globo y donde habíamos sellado nuestro amor entrelazando nuestros dedos mientras ambos sujetábamos al corazón.

Éramos dos niñatos de veinte años y de pueblo, que tenían la madurez en la punta de la minga, así

que hacíamos esas cosas cursis que ahora ni se nos ocurriría. Pensaba hacer lo mismo.

Quería conseguir un muñeco, a poder ser, un corazón en alguna de las casetas de juegos, y subírnos a la rana saltarina para contarle que una vez, tuve una cita en una rana como esa y le juré amor eterno a la mujer de mi vida, como ella me lo juró a mí.

Pero ya no sé si me apetecía hacerlo. El nuevo mundo de Lara me atraía, sí, pero había límites que no quería cruzar. No tenía nada en contra de los homosexuales, claro está, pero era una línea que no estaba dispuesto a traspasar y ella me había obligado a hacerlo.

Bueno, no es cierto, no me había obligado, pero yo no me había negado para complacerla y las consecuencias venían como bofetadas cada vez que cerraba los ojos.

Conseguí dormirme, ni sé a qué hora, pero desperté con el sonido del teléfono móvil, que vibraba sin cesar en la mesita de noche. Lo cogí, pero no reconocí el número. Aun así, descolgué para ver quién era.

No eran más de las nueve de la mañana, pero era hora de espabilar. Desbloqueé el teléfono para escuchar a mi interlocutor y cuando lo escuché me quedé helado. Parecía una pesadilla sacada de un libro de *Stephen King*.

¿Diga?

Hola Sebastian, soy yo, tu Diosa, Lara.

Hola Lara.

Te llamo porque necesito tu ayuda. Estoy en la comisaría de policía. Dicen que he estafado a mucha gente, que me han estado buscando y no sé que más cosas. No sabía a quién acudir. Sé que eres abogado. Yo soy abogada, pero no puedo defenderme a mí misma. Santo cielo, están diciendo unas burradas de mí, que me comparan con nada más y nada menos que con Corinna, la del rey emérito de España. Esto es un despropósito, yo no he

hecho nada.

Está bien, estaré allí en dos minutos. ¿En qué comisaría estás?

Estoy en la metropolitana.

Bien, allí nos vemos – cuelgo sin despedirme, cuanto menos tiempo perdamos mejor.

Por suerte, represento a su exmarido y conozco bien el caso. Sé exactamente de qué la acusan y ahora tengo que exprimirme el cerebro y buscar una defensa estratégica que la libere en unos minutos.

Cojo mi coche y me voy a la comisaría metropolitana de policía de Londres, donde se encuentra Lara retenida. Cuando consigo aparcar, entro tras un *escáner* rutinario, y me voy directo a la recepción, por decirlo así, para preguntar por Lara.

Buenos días, soy el abogado de Lara *Mathews*.

Buenos días, señor. ¿Su nombre, por favor?

Mi nombre es Sebastián López – le entrego el DNI y me lo devuelve antes de escribirlo en la carpeta. En Londres uso el nombre sin tilde, pero no quiero tener problemas con la policía por esa tontería.

Bien, ahora llamo a un agente para que lo acompañe a ver a su defendida.

Bien – la verdad es que estoy mejorando en mi inglés. No sé por qué estoy pensando en eso ahora, me imagino que porque nos nervios me hacen pensar tonterías.

Espero a que venga el agente y cuando lo hace, me lleva a la zona de los calabozos donde me encuentro a una Lara con churretones en la cara, me imagino que de llorar. Abren la celda para que pueda entrar y viene corriendo a abrazarme.

No te preocupes, te voy a sacar de aquí – le digo separándome, ya que sé que no se puede tocar y hay que mantener una distancia prudencial, por eso de que le puedes pasar algo a la reclusa.

Gracias.

No hay de qué.

Camino de nuevo al agente para que me dé el informe preliminar y me explique de qué cargos se le acusa a mi defendida, aunque ya lo sé, pero es por pura pose y burocracia. Aún así, debe hacerse o si no, creerán que soy un abogado de mierda.

Las pruebas que tienen contra mi cliente son circunstanciales y no pueden probar que las firmas que aparecen en todos los contratos que tienen como presuntas pruebas, se hayan realizado de su puño y letra. Pueden haber sido falsificadas, así que si no quieren que ponga una demanda por negligencia y acusaciones infundadas por parte de la policía, ya pueden soltar a mi cliente.

Lo siento, pero no lo haremos sin la orden de un juez.

Llevo el caso de *Nathan Mathews*, así que no me toque las narices. Sé exactamente de qué va la historia, que no nació ayer, además, puedo denunciar a la policía por mala praxis y abuso de poder. De todos modos, no se preocupe, en dos minutos va a tener la orden del juez, grapada con una denuncia para esta comisaría. Consúlteselo a un superior y dígame qué prefiere, una denuncia y hablar con la prensa, o dejar libre a la señorita *Mathews* por pruebas circunstanciales.

La hemos detenido porque está siendo investigada y desapareció.

Como sabe, su mansión ardió en llamas y ha estado viviendo conmigo a falta de hogar, no se iba a volver a vivir con el hombre del que se divorció y la ha metido en este lío, ¿no le parece?

Espere aquí, voy a hablar con el comisario y vuelvo en unos instantes.

Veo que se marcha y me acerco a Lara. Imagino que después de escuchar mi conversación con la policía tendrá muchas preguntas. No quería que supiera nada de esto, pero las cosas han salido

así.

Cojo aire y me preparo para la retahíla de preguntas que sé que van a salir de la boca de Lara y que voy a intentar contestar lo más preciso posible, pero sin darle demasiada información sobre el caso, que por otro lado, es confidencial.

Bueno, imagino que tienes muchas preguntas.

Y tanto que las tengo. Para empezar, cuando me conociste en la fiesta, ¿llevabas ya el caso de mi exmarido?

No.

¿Y por qué lo cogiste entonces?

Porque si no lo hacían me quedaba sin trabajo, así de sencillo. Recuerdo haber hecho mención de ello en una comida o una cena, si no recuerdo mal.

¿Sabías quién era yo cuando me viste por primera vez?

Sí.

Así que te acercaste a mí por mi dinero.

Tu dinero me importa una mierda, Lara.

Vaya, ahora soy Lara, ni mi ama ni mi Diosa.

Ya no quiero fingir más que me gusta algo en lo que no me veo, ya te lo dije, así que tú y yo solo somos Lara y Sebastian.

¿Por qué me acogiste?

No soportaba la idea de verte mal, desprotegida y desamparada, me importas mucho.

¿Y por qué te importo tanto?

Tengo sentimientos fuertes hacia ti.

Pero si apenas hace una semana que nos conocemos.

Los sentimientos no tienen tiempo ni espacio, edad ni orden, vida o muerte, simplemente están ahí, para despertar cuando el corazón late desbocado al encontrar a alguien especial

que pone tu mundo patas arriba.

Bueno, creo que este no es momento ni lugar para hablar estas cosas. Así que eres el abogado de *Nathan*. Entonces puedes decirme porqué estoy implicada en algo de lo que no tengo idea. Yo no he firmado nada.

¿Nunca te hizo firmar ningún papel? Haz memoria.

Sí que firmaba cosas, pero eran contratos de empleados de la mansión, seguros de vida y hogar, ya sabes, el típico papeleo de familia.

¿Leías esos documentos antes de firmarlos?

Mi marido los leía por mí. ¿Por qué no iba a fiarme de lo que me dijera mi marido? ¡Por el amor de dios, es un alto cargo, no un estafador!

Lara, tengo cientos de documentos que demuestran que ha robado dinero a las arcas del estado, que ha hecho tratos públicos en beneficio propio, que tiene dinero en paraísos fiscales, que te ha usado de testaferro, que ha cometido desfalco y cientos de cosas más que no vale la pena mencionar.

Pero yo no sabía nada. ¿Cuándo me ha usado a mí de testaferro? Solo tenemos una cuenta en común y es donde tenía el ingreso de los *Bitcoins*.

¿Y esos *Bitcoins* te dieron mucho dinero desde que estás con él?

La verdad es que el dinero creció como la espuma desde que empezamos una vida en común y compartíamos dicha cuenta.

El dinero no crecía como setas en el bosque, él iba metiendo dinero en esa cuenta de sus chanchullos y después la dejó solo a tu nombre, lavándose las manos. Por eso crecía tanto el dinero, no eran ganancias, eran sus comisiones, digámoslo así.

Joder, cómo he podido ser tan tonta...

Te han engañado, les pasa a muchas personas. Lo importante es conseguir pruebas que demuestren lo que estás diciendo y conseguir limpiar tu nombre.

Vale, te daré todo lo que necesites.

Bien. Te ayudaré.

Gracias, Sebastian.

Las puertas se abren entonces y entra el mismo policía que nos había dejado minutos antes, para abrir la puerta de la celda de Lara y dejar que se vaya. Si es que no hay mejor presión que mencionar prensa y denuncia en la misma frase para que la policía agache la cabeza.

Salimos por la puerta y nos marchamos en dirección a mi coche, poniendo rumbo a casa. La verdad es que ya hemos tenido suficientes emociones fuertes por hoy, así que solo quiero llegar a casa, comer algo, ya que ni siquiera he desayunado y ver qué salidas tenemos para que todo esto no le salpique a Lara.

Haya pasado lo que haya pasado, la amo con toda mi alma y no la dejaré en la estacada por muy jodida que esté la cosa. Soy un buen abogado y ella lo es tan bien. Con lo lista que es, no entiendo cómo han podido engañarla, aunque ya se sabe lo que dicen, el amor es ciego, ciego hasta para leer lo que firmas.

Aparcamos frente a la puerta del piso y ambos subimos directamente al mío. Me imagino que habrá pasado una mañana de mierda o quizá una noche de mierda, no le he preguntado realmente qué pasó y cuándo pasó.

Nos sentamos en el sofá tras hacer café y con la taza en la mano, empiezo a hacer preguntas. Quiero saberlo todo con pelos y señales. No me importa perder el trabajo si con ello salvo a Lara, pero no voy a dejar que ese cabrón se vaya de rositas si la ha implicado para salvar su fofo culo.

¿Cuándo y cómo te arrestaron, Lara?

Estaba en la fiesta, me iba a marchar poco después de que tú lo hicieras, porque me sentía mal y entonces entraron un par de policías. Pensé que eran *estripers* que venían a hacer un espectáculo, pero no fue así. Es como si alguien los hubiese llamada para decir dónde estaba.

¿Quién crees que ha podido ser?

Liah, la que organizó la fiesta. Me odia desde siempre, además de que es una envidiosa empedernida, ella siempre ha querido lo que yo tenía, por eso ahora se folla a mi exmarido.

Vaya, parece que todo queda en familia.

No me importa que estén juntos, o medio juntos, siempre y cuando a mí no me afecte de ningún modo, ya no siento nada por él, pero lo que pasa en la fiesta se queda en la fiesta, incluida las identidades y los asistentes tienen grabado a fuego que no pueden desvelar quién va a estas. Estoy segura de que ha sido ella, aunque probablemente lo niegue todo.

Bueno, lamentablemente si no tenemos pruebas de que fue ella quien los llamó, no podemos hacer nada.

Lo sé.

Así que, ¿has pasado toda la noche en el calabozo?

Desde las cinco de la mañana aproximadamente.

¿Y por qué no me has llamado antes?

Sabía que estabas molesto y que te habías marchado a dormir. No quería molestar – una lágrima recorre entonces su mejilla. La atrapo y me llevo el dedo a los labios, para saborearla.

No llores, todo se arreglará, te lo prometo.

Lo sé. Muchas gracias, Sebastian.

Y aunque quizá no sea el mejor momento, quizá la ayude a olvidar un poco lo sucedido y pasárselo bien, ya habrá tiempo para ponerse serios y pensar una estrategia para evitar una multa en el juicio o algo mucho peor.

¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta a la feria de aquí al lado, hoy que hace buen tiempo? Es una estupenda forma de olvidarnos de lo sucedido, aunque sea solo por un rato.

Me encantaría ir a la feria. No voy a una desde que era adolescente y estudiaba en la facultad.

Pues perfecto, más motivos todavía. Sube a darte una ducha y cambiarte el vestido de anoche y yo te espero aquí, ¿te parece?

Genial.

La veo subir a su piso a prepararse y los nervios vuelven. Sé que hay cosas que no entiende de mí y odio ocultarle la verdad. No quiero ocultarme tras un velo más tiempo, si el cielo no se parte en dos y me cae sobre la espalda, hoy le diré quién soy, justo encima de la rana, si es que no lo averigua ella antes.

No tarda mucho en bajar, parece que se ha puesto el turbo, así que bajamos las escaleras y ponemos rumbo a la feria, que nos atrae con su característica música, incitándonos a caminar hacia ella como zombis.

Pasamos bajo un arco floreado antes de entrar de lleno a la feria, que está de lo más concurrida. Lo que más llama la atención de esta es la noria, por supuesto, parada obligatoria, que está iluminada con luces de todos los colores.

Pero yo lo que quiero es encontrar un *stand* que tenga corazones, cuanto más fidedigno sea lo que hoy haga, más lo relacionará con sus recuerdos pasados y me reconocerá. Sé que he cambiado mucho y que no parezco el mismo, pero espero que sea capaz de ver más allá.



Capítulo 7: Amor y revelación (Lara)

¿Te apetecería tomar algodón de azúcar? – le pregunto. Si estás en una feria no puede faltar el palo con el algodón de azúcar chorreándote por el brazo, es un clásico.

Me encantaría.

Me compra uno de ellos y es entonces cuando lo miro. Tiene algo especial, pero no sé lo que es. Me he dado cuenta de que, a día de hoy, es de las pocas personas que tengo en mi vida y con la que puedo contar.

Mi exmarido me ha engañado y me quiere echar el muerto de sus negocios turbios, la que creía mi amiga ahora es la amante de *Nathan* y además ha llamado, presuntamente, a la policía para que viniera por mí, seguramente por sugerencia de *Nathan* para quitarse lastre a la hora del juicio.

Para más inri, Sebastian está enfadado, lo sé, también lo estoy yo. Él, porque no le gustó nada lo que hicimos en la fiesta y me acabó confesando que me mintió y que nunca fue su mundo ni ambiente, que solo lo hizo para acercarse a mí.

Yo porque me engañó y porque, además, no me comentó que era el abogado defensor de mi exmarido, a sabiendas de quien era yo, ni que sabía que yo figuraba en el expediente como sospechosa.

Pero quiero dejar por ahora todo eso en un segundo plano, porque necesito disfrutar de esto, aunque sea solo por unos minutos. Así que lo voy a pasar bien y luego Dios dirá. Pago el algodón y le arranco un trozo antes de darle también a Sebastian.

Paramos en una de las casetas, a sugerencia de mi acompañante. Se trata de disparar balines contra unos globos. Tiene tres balas y tiene que explotar tres globos para ganar el premio grande, así que no se puede equivocar.

Juega más de veinte veces, pero no hay manera. Tiene muy buena puntería, pero creo que esa pistola está trucada, no lo sé, la cuestión es que lleva ya un dinero importante gastado y nada.

No pasa nada, Sebastian, déjalo.

No, quiero conseguir algo y solo lo he visto en esta caseta.

Solo hay monos, serpientes y corazones, todos gigantes, de esos que no caben ni por la puerta de casa. No sé por qué se ha emperrado tanto en uno de esos peluches si luego no le va a caber en el piso.

Casi lleva ya cien euros y cuando reza para que esa sea su última tirada, me entran unas ganas horrosas de ir al baño. Me disculpo y voy a algún bar de la zona para usar el servicio.

Al finalizar, me miro al espejo y veo cómo he envejecido en estos días. Me imagino que antes tenía un nivel de vida que ahora no puedo asumir y eso se nota en la piel. Sin bótox, ni cremas ni nada, la vida es un poquito más dura.

Vuelvo a la caseta de la pistola y los globos, pero Sebastian ya no está. ¿Se ha dado por vencido? Lo busco con la mirada por la feria, pero no lo encuentro y entonces alguien me cubre los ojos por la espalda y al girarme veo que es él, con un gran corazón de peluche.

Al final, el que persevera siempre consigue lo que quiere. Sonrío y él me entrega el corazón como un regalo. Le agradezco mucho el detalle y toma mi mano para que no nos perdamos entre el gentío mientras seguimos con la visita.

Decidimos subirnos en la noria, es más, lo pido yo. Quiero ver Londres desde las alturas. Casi no cabemos en la cesta con el pedazo de corazón, pero cuando nos acomodamos disfrutamos de unas maravillosas vistas.

Adoro Londres, es un lugar mágico. Cuando llegué no me gustaba nada. El clima no era afín a mí y el abundante gris me apagaba los días, pero entonces empecé a ver el color a todo y me enamoré de la luz que desprendían sus calles y el calor que irradiaba su población.

Miro a Sebastian y veo que él me está mirando con un brillo especial en los ojos. Está nervioso, lo noto, y la verdad es que no entiendo el por qué. Creo que es uno de los mejores hombres que he conocido.

Bebo un trago del agua que llevo en el bolso y me aclaro la garganta. Creo que es el momento de sincerarme y de que sepa que valoro mucho todo lo que hace por mí. Es la hora de la verdad.

Quiero hablar contigo, Sebastian. He intentado estar enfadada contigo por todo lo que ha ocurrido, pero no puedo, no puedo porque creo que eres un ángel que ha caído del cielo para ayudarme, que has estado siempre que te he necesitado, y pese a que me has ocultado lo de mi exmarido y que no te gustaba el BDSM, ya no me imagino levantarme por la mañana y no encontrarme el desayuno en la puerta, flores que decoren la casa o la generosidad que siempre desprendes. Eres muy especial, eres pura magia y quería disculparme por cómo me he comportado. El otro día quería agradecértelo de alguna manera y te hice una tontería. Estoy segura de que ni siquiera te habrás dado cuenta y yo tampoco de dártelo, pero el viernes en el trabajo te hice una manualidad porque no tengo dinero para comprarte nada. Solo sé que eres alguien imprescindible en mi vida y me gusta estar contigo, en todos los sentidos. Me gustaría seguir siendo la chica del portal de arriba, seguir conociéndote y estando ahí para ti, si tu quieres, claro.

No dice nada, creo que es que no puede articular palabra, simplemente sonrío asintiendo antes de besar mis labios con toda la dulzura que es posible. Y eso me confirma que todas mis sospechas son reales.

Creo que siente cosas fuertes por mí, y no sé si voy a poder corresponderle del mismo modo, solo sé que yo también siento cosas, aunque quizá no sean tan fuertes. No en vano, tampoco lo conozco tanto.

Bajamos de la cesta de la noria con el corazón en mis brazos, apenas puedo ver más allá de este, es casi tan grande como yo. Sebastian me toma de la mano mientras todavía me hormigean los labios tras el beso. Nadie, ni siquiera *Nathan*, me ha besado así nunca.

Caminamos de la mano hasta la próxima atracción. Esta vez le toca a él escogerla, puesto que yo he escogido la noria y cuando veo que estoy frente a la rana no estoy segura de que quiera subir.

Para mí es muy importante, en ella se declaró el único hombre al que amé de verdad antes de que sus padres me dijeran que debía alejarme de él, porque no me convenía y acabé dejándolo por idiota. Sus propios padres...

Hago de tripas corazón y acabo claudicando a la hora de subir en la atracción, corazón xxl incluido. Esto empieza a saltar avanzando y yo me sujeto a la barra mientras sostengo al peluche entre mis piernas.

Sebastian llama mi atención y coge el corazón que tenía sujeto, pidiéndome que yo también lo coja. Suelto una de mis manos de la barra y agarro el corazón como me pide. Me mira de nuevo nervioso y yo me lo quedo mirando sin prestar ya realmente atención a la atracción.

Yo también quería hablar contigo, Lara. Quería contarte una historia. ¿Me permites que lo haga?

¿Ahora? ¿En medio del viaje?

Sí, ahora.

Vale.

Mira, había una vez un chico que era tímido, no muy sociable y retraído, pero conoció a

una chica maravillosa en la facultad. Se enamoró de ella al instante, pero no quería estropear la amistad que tenían y retraía sus sentimientos constantemente, pero un día, al ver que ella empezaba también a sentir algo por él, la llevo a un parque de Madrid y tras un *picnic* la besó por primera vez – lo miro y recuerdo que eso es lo que hicimos nosotros y, aunque no quiero creerlo, creo que sé qué es lo que quiere contarme –. Era la chica más bonita que había visto nunca, tanto por fuera como por dentro, pero no era muy aficionada a los estudios y a sus padres no les gustaba, decían que el chico se merecía algo mejor porque él lo valía. El chico no hizo caso a sus padres, porque el amor podía más que la imposición y un día aquellos dos jóvenes se subieron en una atracción como esta y sellaron su amor de la manera más bonita que se les ocurrió en ese momento, cual dos chicos enamorados, entrelazando una de sus manos mientras tocaban el corazón con la otra. Y desde ese día, no ha dejado de pensar en ella y la ha buscado por todo el mundo. Cierto es que ha estado con otra mujer, pero nunca ha sido ella, por más parecido que tenía, así que tuvo que romper ese cariño, porque no había amor. El chico por fin encontró a la chica e hizo todo lo posible para que se fijara en él, para que lo reconociera y para que se enamorara de él de nuevo. Se metió en su mundo y estudió un poco el mismo, para no hacer el ridículo, aunque no era lo suyo ni tenía ni idea.

No dejo de llorar, las lágrimas corren por mis mejillas y acaban bañando el corazón que tenemos entre nuestros regazos. Lo miro a los ojos, es Sebastián, mi Sebastián, ¿cómo no he podido darme cuenta antes?

Sebastián – le digo antes de abrazarle el cuello, llorando en el mismo.

En cuerpo y alma, mi Lara.

¿Por qué no me lo dijiste antes?

A veces, las historias de amor más bonitas no dependen de lo que digamos o revelemos. Si estamos destinados a estar juntos nos encontraremos y reconoceremos, sea donde sea y

cuando sea. Simplemente he querido que te dieras cuenta o, si no, enamorarte como si fuera la primera vez para después sorprenderte.

Pues sí que me has sorprendido, sí – le sonrío limpiándome las lágrimas y el moquillo con el dorso de la mano.

Y ahora que lo sabes, ¿qué es lo que quieres, mi bella flor?

Quiero despertar cada mañana con el desayuno hecho, pero en este caso, tú serás mi desayuno – y lo beso, lo beso con un hambre voraz, mientras el resto de las lágrimas se pierden en el viento, ese que acaricia mi rostro, pues la rana ha decidido retroceder ahora, como nosotros lo hemos hecho, volviendo a la adolescencia, donde fuimos tan felices.



Capítulo 8: Comienzos y azotes (Sebastian)

Ya lo decía la canción...

“la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida...”

Nunca he sido de esperar nada de la vida, pero me alegro de que todo este tiempo que he esperado para poder estar con Lara, haya merecido la pena.

No es que esto vaya a ser un camino de rosas, ni que el hecho de que sepa quién soy vaya a hacer que estemos juntos y felices, comiendo perdices con un chasquear de dedos, aunque volver a conocernos es un buen comienzo, pero como Sebastián y Lara, no como Diosa y Sebastian.

Camino pensativo por el salón con la carpeta del caso *Mathews* en la mano, buscando la manera de sacar a Lara de todo este embolado y por más que pienso solo se me ocurre una. La idea es boicotearme a mí mismo para incriminar a mi cliente en vez de defenderlo, aunque de ello dependa mi licencia como abogado, pero no me importa. Si para salvar a Lara tengo que tumbarme a mí mismo, lo haré.

Sé exactamente qué tengo que hacer para tener las pruebas suficientes para que Lara quede exculpada de todos los cargos, así que llamo directamente al teléfono de *Nathan*, que me consta en el expediente.

Buenos días, señor *Mathews*, soy Sebastián López, su abogado.

Hola, Sebastián. ¿Cómo va todo?

Muy bien, gracias. Me gustaría saber si podríamos vernos hoy. Hay algunas preguntas que necesito hacerle para tener toda la información y poder tener el caso bien atado. ¿Le parece?

Claro, ¿cuándo te va bien?

Esta tarde mismo, si quiere.

Pensé que solo trabajabas por las mañanas.

Me he cambiado el horario a las tardes.

Muy bien, pues estaré allí sobre las cuatro.

Perfecto, lo veo allí. Hasta después.

Hasta luego – cuelgo el teléfono y me cercioro de que la línea se ha cortado antes de volver a pronunciarme –. Acabas de cavar tu propia tumba, Nathan.

Hago el desayuno y esta vez entro en el piso de Lara, que parece estar dándose una ducha. Dejo la bandeja en la mesa y cojo el paquete envuelto en una especie de papel de seda. La verdad es que estoy nervioso.

Han pasado dos días desde que le desvelé todo y creo que ha sido lo mejor que nos ha podido pasar, estamos mejor que nunca. Me siento en el sofá y espero a que termine. Quiero abrirlo con ella, desayunar y quizá tomar algo de postre especial, si es que le apetece.

Cuando llega al salón vestida y con una toalla en la cabeza que cubre su cabello mojado, yo solo puedo ver a una sirena con turbante y me quedo prendado de ella. Se sienta a mi lado y desvía la mirada hacia la caja que sostengo entre mis brazos.

Es una tontería.

Seguro que es la mejor tontería que me han regalado nunca.

Si no te gusta puedes tirarlo.

Estoy seguro de que me va a encantar.

Desenvuelvo el regalo, eliminando el papel, para descubrir una hermosa caja de madera pintada a mano. Es realmente preciosa. La abro y dentro puedo observar un sinfín de dientes de león que se pierden al cerrarla, donde hay tulipanes y un corazón con un candado.

La miro sonriendo. Es simplemente hermosa. Sé que la ha hecho con mucho cariño y el detallismo en el dibujo es asombroso. Quizá debería haber tirado por las artes plásticas, hubiese tenido un futuro brillante.

Es una caja para guardar las llaves y que no las dejes tiradas por cualquier sitio al llegar a casa, por eso hay un candado en el corazón, para que cada día, cuando vuelvas a casa, abras ese corazón con tu llave. Es una metáfora, el amor por la casa, ya sabes.

¿Sabes cuál es la llave que quiero tener ahora mismo en esta caja?

¿Cuál?

La llave de tu corazón, para poder entrar en él y cobijarme de todo aquello que pueda ocurrir, para meterme en tu interior y no salir jamás, para dejarte en él una marca imborrable.

Eres mi poeta favorito – me dice antes de posar sus labios sobre los míos de una manera fugaz –. Me alegro de que te guste.

Me encanta Lara. Muchas gracias.

No hay de qué.

Por cierto, ya he pensado qué voy a hacer con el tema de *Nathan*, hoy mismo voy a solucionarlo. Hemos quedado a las cuatro en el bufete. Vas a poder respirar tranquila. Ese cerdo no va a poder hacerte nada.

Gracias, Sebastián.

No hay de qué.

Tras esto, desayunamos mirando las noticias y aprovechamos para dar un paseo. Lo que realmente me apetece es meterme dentro de ella, hacer que grite mi nombre mientras la penetro con locura en la mirada, pero no quiero incomodarla ni parecer desesperado, esperaré hasta que ella me lo pida.

Y no pasa mucho tiempo hasta que eso ocurre, sobre todo, porque al llegar y tras una ducha me

pide que quiere intentar algo conmigo, menos BDSM, pero con juguetes del estilo. Nada de dolor, pero con sus cachivaches para la ocasión, algo que acepto encantado.

Subimos a su habitación, me desnuda y ata mis manos a una cadena suspendida en el techo. ¿Cuándo ha instalado eso en el piso, y sin pedir permiso para hacerlo? Bueno, por ahora se lo dejaré pasar.

Estira la cadena por el otro lado, haciendo que mis brazos se tensen hacia arriba. Se acerca con el anillo vibrador en la mano, ese que ya he probado y me gusta, me lo coloca antes de hacer lo mismo con las pinzas de los pezones, que también conozco.

Lara se arrodilla entonces con una sonrisa pícaro en los labios y saca la lengua tímidamente para acariciar mi glande, algo que me produce un escalofrío que recorre mi cuerpo al completo.

Enciende con el mando a distancia las pinzas de los pezones y estas empiezan a emanar latigazos de electricidad que me producen dolor y placer a partes iguales, una sensación de lo más sensitiva.

Su lengua deja de saborearme entonces y pienso que el paraíso acaba de cerrar sus puertas, pero nada más lejos de la realidad. Coloca el aro vibrador en lo más profundo de mi falo, al final del este y lo enciende. Este también produce una especie de espasmos eléctricos que me hacen gruñir de placer.

Pero no tiene suficiente, así que introduce mi pene en su totalidad dentro de su boca y empieza a succionar como si le fuera la vida en ello, me siento como un caramelo que está deseando saborear para que se deshaga en su boca.

Y eso quiero hacer, quiero derretirme en su boca y que saboree lo que ha provocado en mí. Me siento volar, vibrar y temblar por todas partes y cada poro de mi piel baila por el deseo que siento en este momento.

La intensidad de la electricidad aumenta, o quizá es que no llego a acostumbrarme, al contrario, focalizo todos mis instintos en ello. Me dedico a mirar a Lara, que engulle mi polla a placer, sin miramientos, hambrienta de placer.

Estoy duro, muy duro, tanto que las venas pulsan bajo la carne, sé que no me queda mucho aguante y me muero por correrme en su boca, pero mi pequeña gatita tiene otros planes para mí.

Muerde mi punta cuando estoy a punto de correrme para cortar el riego que está a punto de salir y eso provoca una creciente frustración en mi interior. La verdad es que, de no estar atado, habría tomado su cabeza con mis manos y me habría follado su boca.

El aro desaparece de mi pene, al igual que las pinzas de los pectorales y suelta mis manos antes de tumbarme en la cama. Lara se sujeta en una barra a la altura del techo de la habitación, que forma parte de la cama, y tensa sus brazos para suspenderse sobre ellos.

La verdad es que no sé qué tiene pensado hacer hasta que veo sus pies acunar mi verga y pajearla con soltura y pericia, mientras sus dientes muerden su labio inferior. Jadeo y la miro con creciente deseo hasta que deja de hacerlo.

Es la primera vez en mi vida que alguien me hace un masaje en mis partes con los pies y, aunque no ha sido la experiencia de mi vida, ha sido de lo más interesante.

Lara se suelta entonces, cayendo sobre mi cuerpo y sus pechos caen directamente en mi rostro, ocultándolo. Me dedico a saborearlos y amamantarme de ellos aprovechando la ocasión y no podrían estar más deliciosos. Joder, si es que es una jodida diosa, mi Diosa.

Y entonces, cuando creo que nunca me saciaré de ellos, se separa de mi cuerpo. Hago un mohín en señal de desaprobación, pero no le da mayor importancia, ya que camina a la otra punta de la estancia para coger una de las velas colocadas en una estantería.

La enciende y se acerca a la cama, donde me encuentro. Se sienta en el borde derecho y me sonrío

antes de hablarme, haciendo que se me pongan los pelos de punta. Solo ella consigue que mi cuerpo reaccione así.

Quiero que ardas de placer por mí.

Ya lo hago.

Más, yo siempre quiero más.

No dice nada más, simplemente va derramando la cera caliente de la vela por todo mi cuerpo, desde mi cuello, haciendo un camino por mi pecho y ombligo hasta culminar en mi pene.

Me retuerzo entre el dolor y el placer y ella es consciente de ello en todo momento. Para calmarlo, pasa su lengua y sus manos para retirar la cera ya seca mientras va dejando un reguero de besos por el camino que persigue.

Y cuando llega a mi pene, lo masajea con brío con la mano, poniéndome totalmente erecto para después levantarse el vestido, retirar a un lado la ropa interior y meterme dentro de ella de la manera más profunda posible.

Acaba cabalgándome como un jinete desbocado hasta que ambos nos corremos al unísono y es la primera vez que me pasa. Pensé que eso solo ocurría en las películas, pero parece ser que no.

Nos duchamos juntos, enjabonamos, secamos, tocamos, acariciamos y todos los -amos que existen, hasta que nuestros cuerpos quedan más brillantes que el propio oro. Y entonces me pongo uno de mis trajes.

Aunque me encantaría quedarme con ella, tengo que ir al bufete para poder arreglar la situación de Lara con *Nathan*, así que preparo una ensalada de verano para que podamos comer y después marcharnos a trabajar.

Cada uno toma una dirección, ella hacia la izquierda y yo hacia la derecha. Quince minutos después estoy en el bufete de abogados y veo que *Nathan* ya está en la puerta esperándome cuando todavía faltan diez minutos para las cuatro.

Subimos a mi despacho y le hago esperarme un momento mientras voy al baño. Aprovecho ahora que estoy solo en el baño para iniciar la grabadora del móvil y metérmela en el bolsillo de la americana.

No es la primera vez que lo hago y sé que se graba de manera nítida, que es lo que busco y necesito. Me siento en mi silla y saco el expediente del señor *Mathews*.

Bien, señor *Mathews*. He estado revisando a conciencia su caso y necesito resolver algunas dudas para poder defenderlo de la mejor manera posible.

Está bien, pregúnteme.

He leído que Lara *Mathews*, su exmujer, había firmado muchos de los contratos y había sido su testafarro. Querría saber cómo ocurrió todo y hasta qué punto ella está implicada en todo esto.

La enamoré y me casé con ella porque era una chica joven, con demasiados pájaros en la cabeza y porque necesitaba una cabeza de turco para mis...negocios, ya sabes... Ella estaba ciega por mí e hizo y firmó todo lo que le pedí sin siquiera mirarlo. Teníamos una cuenta común, donde tenía todos sus ahorros e inversiones. Utilicé esa cuenta para blanquear el dinero, para ingresar todos los pagos que iba recibiendo, haciéndole creer que eran los beneficios de sus inversiones. Nunca se ha dado cuenta de nada y puede testificar a mi favor.

No creo que sea necesario, con toda la información que tengo, creo que voy a poder llevar el caso a buen puerto – aunque no para ti.

Me alegro mucho oír eso, porque en dos días es el juicio y no podemos perder.

Tranquilo, usted disfrute, yo me encargo de todo —Estrechamos nuestras manos y *Nathan*

se marcha.

Salgo del bufete tras apagar la grabadora del móvil y no sé cómo, pero mis pasos me llevan al local donde trabaja Lara. La veo concentrada atendiendo a decenas de clientes mientras me tomo un café en el bar de al lado. Mi mesa de la terraza me da una vista maravillosa.

Cuando estoy acabando el café, veo que mira hacia la calle y nuestros ojos se encuentran. Yo le guiño un ojo y ella sonríe antes de hablar con *Blair* para que la deje tomarse unos minutos.

Cuando *Blair* me ve sentado en la mesa, me saluda con la mano. La secundo y espero a que Lara pueda salir. Quiero contarle todo lo ocurrido y que ya tenemos las pruebas que necesitamos para exculparla de todo.

No tengo que esperar mucho para que salga, cuando acaba de atender a una clienta, y camina directa hacia mí. Me levanto y beso sus labios, no porque seamos nada, sino porque me apetece y porque la ocasión lo merece.

Nos sentamos. Ella no ha dicho nada sobre el beso ni tampoco lo ha rechazado, lo que es buena opción, creo que vamos avanzando y me muero de ganas de que acepte ser más que mi amiga y vecina de arriba.

Le entrego mi teléfono móvil para que escuche la grabación mientras se toma una Coca Cola Zero. Cuando acaba de escuchar el audio, me mira con la boca abierta y yo afirmo con la cabeza.

Yo tenía razón con la teoría que había planteado en su momento antes de saber la verdad. Ahora ya lo sabemos todo y lo vamos a usar en el juicio para acabar con *Nathan* y salvar a Lara.

Al acabar sonríe y me abraza efusivamente. Sé que está feliz y yo lo estoy con ella. No dejaré que le pase nada, como ya le prometí y mi chica, o al menos espero, que lo espero algún día, será libre.

Solo faltan dos días para el juicio y sé que lo voy a perder, es más, voy a hacer todo lo posible para que así sea, aunque ello me lleve a perder el trabajo. Me considero una persona justa y honrada y no voy a permitir que un tipo así se vaya de rositas.

La semana pasa monótona y llega el viernes, el día del juicio, o como a mí me gusta llamarlo, el día del juicio final. Me pongo un buen traje mientras Lara se prepara. No es que yo quiera llevarla a un juicio tan mediático, pero la ha citado la fiscalía, así que está obligada a personarse.

El juicio va como la seda y Lara queda exculpada de todos los cargos en cuanto el audio sale a la luz. La verdad es que aquel día no podría haber salido mejor, me dijo exactamente lo que necesitaba para que la imagen de mi Diosa quedara impoluta.

La defensa que nunca me intenté trabajar es un fracaso y la imputación de *Nathan* inevitable. Además, consigo rascar una indemnización millonaria para Lara por estafa y utilizarla de manera inconsciente, tanto por la firma de documentos, como por el dinero.

Al salir del tribunal de justicia, Lara llevaba una sonrisa de oreja a oreja. Había conseguido que el acusado le abonara el dinero equiparable a lo que valía una mansión igual a la que se había quemado.

En resumen, había recuperado su vida y su poder adquisitivo, pero cuando le pregunté si iba a invertir el dinero en una nueva casa o vida me dijo que no, que no quería estar en otro sitio que en mi casa y que con ese dinero podríamos iniciar una aventura como alguna de las que habíamos soñado de jóvenes.

Quiero dar la vuelta al mundo y quiero que tú me acompañes, si es que es eso lo que deseas.

Claro que quiero acompañarte. Te seguiría al fin del mundo si con eso pudiera estar contigo – le contesto y cuando está a punto de hablar de nuevo, la beso con toda la pasión que siento por ella.

Definitivamente, esta vez la he callado con un beso. La amo, la amo desde la primera vez que la vi. Espero que algún día pueda escuchar las campanas de la victoria por que ella me corresponda de la misma manera. Ding, dong, última parada, el fin del mundo.

Volvemos a casa, hoy tenemos el día libre los dos, ella por el tema del juicio y yo porque me he quedado sin trabajo, bueno, al menos en ese bufete, pero buscaré otro, la vida no se acaba en el bufete de *Ashton Ross Law*.

Decidimos celebrarlo yendo a uno de los restaurantes más influyentes de la zona, donde te cobran un riñón por un plato de ensalada con un vaso de agua, pero hoy no importa, es un día especial.

Lara se empeña en invitarme, ya le han pagado su primer sueldo y la verdad es que lo agradezco. Al dejarle los ocho mil euros a mi exmujer, estoy más pelado que el escroto de un actor porno. Qué le vamos a hacer...

Tras arreglarnos, yo con un traje azul marino y ella con un vestido blanco, nos encaminamos al restaurante. Ella parece un ángel con ese vestido que la ilumina por completo al ser tan blanquecino.

Yo, por el contrario, parezco venir de las sombras dada mi ropa oscura y mi mirada de misterio. Parecemos el *ying* y el *yang*. La luz y la oscuridad. El bien y el mal. ¿Arderemos en el infierno esta noche o volaremos hasta el cielo con las alas del amor?



Capítulo 9: Cariño y satisfacción (Lara)

Desde que descubrí que Sebastian es Sebastián, mi Sebastián, nos hemos vuelto inseparables. No es que estemos juntos, es mejor ir poco a poco para no fastidiarlo, pero las cosas van muy bien.

En el trabajo he conseguido hacerme un nombre e incluso algunas clientas esperan para que las atienda yo. *Blair* está la mar de contenta y me adora. Es una mujer maravillosa, la envidio.

Todavía estoy bastante preocupada por el tema del juicio. Me han citado y es en menos de una semana. Sebastian me ha pedido que no me preocupe, que todo va a salir bien, que no le importa una mierda lo que le pase a mi exmarido, que debe pagar por todo lo que ha hecho, pero que no dejará que me arrastre con él por sus mentiras.

Confío plenamente en él y sé que me ayudará dando todo de sí para encontrar una solución. Así que me he pasado los días intentando no preocuparme manteniendo la cabeza ocupada en el trabajo y en él.

Cada día estamos mejor y, aunque ya nos conocemos desde hace tiempo, ha cambiado, yo he cambiado también, ahora somos más maduros y creo que mejores, no solo como personas, sino que tenemos más conexión, más afinidad.

Me encantaría ir de viaje con él para conocerlo mejor, de verdad, pero mi monedero me recuerda día sí y día también que soy más pobre que el baño de un polaco. No tengo ni para pipas.

Hoy he cobrado mi primer sueldo, un poco más adelantado de lo normal, pero *Blair* sabe que voy muy justa, sabe lo de mi casa y mis bienes y, además, ha duplicado los beneficios de nuestro local por las cajas de madera que hago.

Así que me ha pagado lo que equivale a mil seiscientos euros en España. Ahora podré ir devolviéndole a Sebastián todo lo que ha hecho por mí hasta ahora. Me toca a mí ahora darle a él, algo de chispa y felicidad a su vida.

Mañana es el juicio y quiero ir a dormir pronto, por eso de que hay que tener buena cara para la justicia, no vayan a pensarse cosas que no son. Tengo el estómago cerrado y apenas ceno una ensalada con pollo, al igual que Sebastian.

Blair sabe que mañana no podré ir a trabajar. Los viernes voy de mañana, pero mañana es el juicio, con lo cual fiesta. Acabo el plato de ensalada y friego los platos. Me estoy secando las manos cuando una música envuelve toda la casa de Sebas.

Conozco perfectamente esa canción y sonrío porque sé el porqué de que mi compañero de piso preferido la ha elegido. Es la primera canción que me dedicó en la radio cuando empezamos a salir juntos; Todo cambió, de Camila.

¿Me permite un baile, señorita?

Por supuesto, caballero.

Me toma de la mano y me acerca a su cuerpo, sujetándome de la cintura y sonriéndome con ternura mientras sigo escuchando la melodía y, sobre todo, la letra de esta. Es la canción perfecta para nosotros y expresa esos sentimientos que a veces nos da miedo confesar.

Esta es nuestra canción, Sebastián.

Sí lo es – me dice mientras danzamos como dos enamorados por el salón de su casa.

Recuerdo que tenía miedo aquel día, a decirte lo mucho que sentía por ti y que te amaba con toda mi alma, pero me avergonzaba que al decirlo me rechazaras por cursi, yo que sé, por eso pensé que esta canción era la mejor manera de hacerlo.

Y lo fue, nunca nadie me había confesado sus sentimientos de una manera tan original.

Ambos sonreímos y seguimos bailando como si se tratara de dos bailarines expertos hasta que la canción termina y nos quedamos mirándonos el uno al otro. Creo que deberíamos ir a dormir, mañana nos espera a un día intenso, pero parece que él tiene otros planes.

Me gustaría intentar algo esta noche, Lara.

¿El qué?

Quiero que juguemos, pero esta vez quiero llevar yo la batuta.

¿Te refieres a que quieres ser tú el amo?

Sí, me he estado documentando, viendo vídeos y quiero experimentar. Entrar en tu mundo, en lo que al ámbito sexual se refiere, es algo que me ha llamado bastante la atención y puede que encontremos un punto intermedio que nos encante a los dos. ¿Te apetece probar, Lara?

Claro, me encanta probar de todo. Puede ser interesante.

Genial. ¿Vamos a mi cuarto? – me dice sonriente y me mira pícaro antes de guiñarme el ojo.

Por supuesto.

No tardamos ni un parpadeo en llegar a su cuarto y cuando entramos por la puerta, Sebastián la cierra y me toma de la cintura para arrancarme la ropa y dejarme completamente desnuda.

Me siento vulnerable, pero la verdad es que eso me pone y quiero ver qué es lo que mi Sebas está dispuesto a entregarme hoy. Se me han activado las hormonas y me muero de ganas que me haga temblar.

Me coloca en la cama, a cuatro patas y abre el cajón de los juguetes antes de ponerme un antifaz. Ata mis pies y manos a la cama con unas esposas y finalmente toma entre sus manos algo, que no puedo ver puesto que ha cubierto mis ojos.

Y entonces noto un latigazo en mi trasero. No me daña, pero pica y es una sensación de lo más placentera. Con cada azote un beso en la zona; gusto y dolor, la combinación perfecta.

Vamos a jugar a un juego, Lara. Con cada latigazo me contarás un secreto que creas que puede interesarme a partir de las preguntas que te haga. Si no me cuentas lo que deseo escuchar, habrá un castigo. ¿Lo has entendido?

Perfectamente.

Bien, empecemos... Cuando me viste la primera vez, ¿te gusté de inmediato o simplemente te apetecía jugar y escogiste al azar? Si me mientes lo sabré – me da un latigazo en el trasero.

Fue un poco de ambas. Me gustabas, eras muy mono, mi prototipo, sin duda, pero me convenías porque llevabas la pulsera negra.

Está bien. Segunda pregunta: qué sentiste la primera vez que intimamos, en la actualidad, no cuando éramos jóvenes – segundo latigazo.

Pasapalabra.

Eso tendrá consecuencias. ¿Seguro que quieres pasar?

Sí, eso me lo quedo para mí.

Bien – veo que se mueve, pero no sé que hace, no veo nada. No tarda mucho tiempo en volver y me coloca algo en los pezones, una especie de líquido gelatinoso antes de colocar unas pinzas constrictoras.

Las aprieta bien fuerte, aunque sin llegar a hacerme daño de verdad. Me muerdo el labio inferior aguantando el malestar hasta que la sensación de dolor está menguando por momentos.

Cuando consigo recuperarme besa la zona que está azotando y se aclara la garganta para hacerme la siguiente pregunta. Ahora ya he probado la parte buena y la parte no tan buena de responder y no sé cuál me gusta más.

Tercera pregunta: ¿Qué te enamoró de mí cuando estábamos en la facultad?

Tu porte, tu generosidad, tu cerebro, tu cariño, tu detallismo, tu perseverancia. Todo tú, no

había nada que no me gustara. Contigo me sentía invencible, sentía que podía conseguir cualquier cosa que me propusiera – azote.

¿Alguna vez te imaginaste que podíamos acabar como estamos ahora, ya en la adolescencia?

La verdad es que no y ha sido una grata sorpresa.

¿Estás enamorada o enamorándote de mí, ahora?

No voy a contestar, eso tendrás que descubrirlo.

Respuesta equivocada – se separa nuevamente de mí y cuando vuelve, siento su aliento en mi trasero y una especie de bolas entrando en mi interior, que empiezan a vibrar a la máxima velocidad.

¿Eso son bolas chinas?

Sí preciosa, lo son.

Apenas ha metido tres cuando introduce las otras tres en mi trasero, sensaciones que me hace dar un pequeño bote antes de acomodarme a la nueva situación y relajarme para obtener mayor placer.

¿Estuviste enamorada de *Nathan*?

Y esa pregunta, ¿a qué viene?

Tú solo contéstala.

Me encapriché con él, pero sabía que el matrimonio iba a ser un fracaso, aun así, lo hicimos porque fuimos más que idiotas. Yo lo sabía y creo que él también. Simplemente nos dejamos llevar por la emoción del momento, pero la respuesta es no, esa es la verdad.

Bien – me dice antes de azotarme.

Última pregunta: ¿Cómo te imaginas el futuro?

Me imagino viviendo en una casita pequeña a orillas de la playa, con una niña correteando por esta mientras disfruto del sol, que acaricia mi piel bajo la sombrilla de paja que me

cubre la mayor parte del cuerpo. A mi lado derecho el hombre de mi vida mientras que, a la izquierda, un perro o un gato que me acaricie con sus bigotes.

Es un bonito futuro. ¿Y soy yo el que aparece a tu lado?

La anterior era tu última pregunta en el juego, así que de esta me reservo la respuesta sin consecuencias, el destino dirá si eras o no el hombre que aparece a mi lado.

Y entonces Sebastián saca las bolas chinas de golpe, algo que hace que mi cuerpo se retuerza de placer antes de sentirlo en mi interior, follándome de la manera más salvaje que lo he sentido nunca, mientras estira de las pinzas constrictoras de mis pezones, haciéndome gritar de placer como pocas veces he sentido, hasta dejarme completamente derrotada sobre el colchón.

Una vez me desata y nos damos una ducha para limpiar nuestro chorreante placer, no metemos en la cama y hoy, por primera vez, dormimos en la misma, mientras él me abraza por la espalda, fusionando nuestros cuerpos.

Y en este preciso instante sé que este es mi hogar, que él es mi hogar y que quiero dormir así el resto de mi vida.



Capítulo 10: Magia y corazón (Sebastian)

Acabamos de llegar al restaurante donde vamos a celebrar que hemos ganado el juicio y hemos hecho pagar al cabrón de su ex todo lo que se merece. Nos sentamos en la mesa que nos preparan y pedimos un buen vino con el que poder brindar.

Te lo mereces Lara, eres una buena persona y quiero que seas feliz y puedas dar todo lo que tienes dentro. Me alegra que todo haya salido bien y que estemos en este restaurante celebrándolo.

Brindo por ello – me dice alzando la copa para que la choque con la mía y bebamos por la justicia.

Tomamos una de las mejores comidas que hemos probado nunca. Carne, por supuesto, es la especialidad del restaurante. Nos ponemos las botas y finalmente pedimos un *brownie* a compartir por ambos.

La verdad es que no soy muy aficionado al chocolate, pero por ella me comería lo que fuera, bueno quizá lo que fuera es un campo demasiado amplio. Nos lo comemos entre copas de cava, sonrisas y una charla amena.

No tenía pensado hacerlo esta noche, pero es algo que me encantaría hacer con Lara, así que, tras pagar ella la cuenta, pues es la que me ha invitado, nos marchamos a dar un paseo por *Hyde Park*, y los recuerdos vuelven como un *bumerang*.

Aquí tuvimos nuestra primera cita encubierta, el *picnic* perfecto bajo la luz de las estrellas. Fue la primera señal que te di para que descubrieras quién era.

Qué pillo, ya podías haberme dado una pista más obvia, que soy corta de entendederas.

Si te lo ponía tan fácil, ¿qué gracia tendría?

Pues también es verdad. Lo importante es que ahora sé quién eres y vivo las cosas

diferente cuando estoy contigo.

Me alegro de ello. Quiero llevarte a un sitio. ¿Te apetece que te sorprenda?

Claro.

Pues vamos allá.

Caminamos durante un tiempo indeterminado hasta llegar al lago de *Hyde Park*, también conocido como *The Serpentine*.

Allí existen una especie de barcas en forma de cisne donde los amantes, parejas o matrimonios navegan por el agua mientras se susurran poemas de amor o se recitan sus más puros sentimientos.

Alquilo una de ellas y nos subimos antes de empezar a remar para llegar al centro del lago. Hace una tarde magnífica y el sol está cubierto por unas nubes que parecen ese algodón de azúcar que tomamos en la feria, el día que lo descubrió todo.

Esto es precioso, Sebastián. Llevo aquí muchos años viviendo y es la primera vez que veo estas barcas y me subo en una de ellas.

Yo he venido muchas veces, solo y las cogí para quedarme en medio del lago y admirar la belleza del lugar, o para leer con el movimiento del agua mientras me balancea el cuerpo.

Realmente es como un sueño.

Así quiero que sea todos los días que pases conmigo, como un sueño del que no quieras despertar y, ¿sabes qué, Lara? Tú eres mi sueño, así que he decidido que no quiero despertarme nunca.

Lara se levanta para besarme, pero se apoya más en el lado derecho, que es donde estoy y la pequeña barca acaba volcando, haciendo que ambos caigamos al agua. Nos ponemos a reír sin

poder evitarlo.

Otra anécdota para sumar a nuestra historia. Cojo la cuerda que lleva la barca en el pico del cisne y la arrastro mientras nadamos de vuelta a la orilla, dado que es inviable subirse de nuevo a la barca. Lo hemos intentado y no hay manera.

Volvemos a casa en taxi, sobre todo, porque estamos tan mojados que parecemos salidos de un concurso de *Miss y Mister* camisetas mojadas y poco después llegamos a casa. Ha sido un día intenso y toca relajarse.

Así que nos sentamos en el sofá del piso inferior tras ducharnos y cambiarnos de ropa y nos ponemos una película mientras comemos palomitas. Con ese simple gesto, ambos sabemos que no hay sitio mejor que estar el uno con el otro.

Ni siquiera cenamos, nos hemos quedado saciados después de los manjares exquisitos que hemos degustado. No le damos más vueltas al juicio, ya hemos pasado página. Solo queremos disfrutar del momento.

¿Qué te apetece hacer esta noche, Sebastian? – me dice sonriendo.

Me apetece hacerte el amor en el balcón mientras miramos las estrellas.

¿Y si nos escucha la vecina de arriba? – me dice burlona a sabiendas de que es ella.

No creo que le importe que nos amemos aquí abajo, pero si tiene algún problema, siempre puede bajar aquí y unirse, ¿no te parece? – Me da un golpe cariñoso en el brazo antes de sonreír.

Ni hablar, yo a ti no te comparto con nadie. Bueno, lo hice, pero ahora que sé quién eres, ni con la vecina de arriba, ni con “Perico de los palotes”.

No te preocupes, soy solo tuyo. No quiero estar con nadie que no seas tú.

Y cogiendo su mano me la llevo al balcón para que veamos las estrellas mientras la abrazo por la espalda antes de adorarla de todas las formas que sé, en una manta ajada a la luz de la luna,

fundiendo nuestros cuerpos en el baile más antiguo que conoce el ser humano. El acto de demostrar el amor más puro que existe a la otra persona a partir de los cuerpos.

Llevamos una semana preparando el viaje por todo el mundo a sugerencia de Lara. Ya lo ha organizado todo y hemos hecho las maletas. Yo no he conseguido trabajo, pero espero que sea mejor así. No iba a coger un trabajo para ahora irme de viaje no sé durante cuánto tiempo.

Ya tenemos la maleta preparada. A *Blair* le ha costado mucho prescindir de Lara, aunque ella le ha prometido que volverá y que seguirá trabajando con ella, pero Blair no la tiene todas consigo.

Dice que el que se va a los paraísos que hay repartidos por el mundo, se queda en el paraíso. Es como el dicho que el primer día que fui a la mansión de Lara... “Lo que pasa en la mansión se queda en la mansión”.

Hemos llegado al aeropuerto y nos acabamos de subir en el avión. Nuestra primera parada obligada a lo que nosotros consideramos nuestra casa, España. El problema es que yo y las alturas no nos llevamos bien.

Estoy en el asiento y me tiembla hasta el alma y aunque me aferro a los brazos del asiento como si me fuera la vida en ello, no es suficiente. Me he tomado Biodraminas como si fueran chicles para el mareo, pero solo de pensarlo y de los nervios, veo hasta doble.

Lara toma mi mano y entrelaza sus dedos con los míos para que sepa que está ahí y que no me va a dejar caer, pero esto ya es un caso perdido, así que, aunque le agradezco el gesto, simplemente cierro los ojos e intento dormir para que todo esto pase en un soplido.

No tardamos mucho en llegar a España y por fin puedo respirar tranquilo. No ha sido tan malo como esperaba, pero tampoco es que haya sido el viaje de mi vida, solo rezaba para que el avión descendiera.

Ahora, ya en tierra, esperando a que nuestras maletas salgan, estoy mucho más animado y la

abrazo por la espalda, beso su cuello y muerdo el lóbulo de su oreja. Hemos decidido darnos una oportunidad de verdad.

No sé ni cuándo, ni cómo, supongo que ha surgido solo, pero a día de hoy ella es la mujer de mi vida y eso es lo único que me importa. La miro con ternura y ella me sonrío antes de preguntarme...

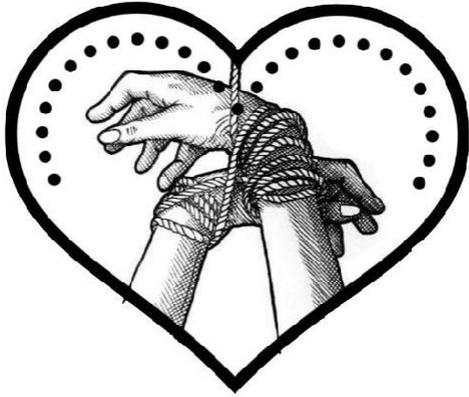
¿Qué te ronda por esa cabecita, Sebastián?

Solo que soy el hombre más feliz de la faz de la Tierra.

Lo mismo digo, mi ángel.

Y así es como retomamos nuestro amor tras tantos años. Tuvimos que esperar a que fuera nuestro momento, a que todos los engranajes encajaran perfectamente, a que llegara el día y la hora concreta para que todo volviera a su cauce.

Y lo logramos, porque si hay algo que tengo claro en esta vida es que cuando una persona está destinada a estar con otra, nada ni nadie puede romper esa unión, porque siempre estuvo escrita en el libro del amor.



Capítulo 11: Ternura y caricias (Lara)

Llevamos casi un año recorriendo el mundo, hemos vuelto a nuestro origen, España, y nos hemos vuelto a enamorar de ella. Hemos visitado los Países Bajos, América y ahora toca Asia.

Queremos visitar África y Oceanía, pero, tiempo al tiempo, realmente no tenemos prisa y esta estancia nos la vamos a tomar con calma. Nos vamos a quedar aquí un tiempcito. Quizá unos meses o incluso un año. Este continente es un paraíso que enamora hasta al más pintado.

Queremos recorrer todo el mundo, pero hemos decidido que el décimo destino será Bali, en Indonesia. Es un paraíso en la tierra y nosotros, bajo unas sombrillas de paja, que es como yo las llamo, miraremos el atardecer acompañados de la brisa del mar y el sonido del agua.

Miro a mi derecha y allí está Sebastián tomando el sol del mismo modo que yo mientras a mi izquierda tengo a Pongo, un perro que hemos adoptado y con el que pensamos viajar hasta el fin del mundo, aunque hemos comprado una pequeña casa a orillas del mar para tenerla como residencia fija.

¿Era este el futuro que habías soñado, Lara?

Aunque me falta una pequeña personita que pronto llegará, sí, este es de los futuros soñados, el que más feliz me hace. Una isla, un paraíso y el hombre de mi vida. ¿Qué más se puede pedir?

Veo que sonrío y besa mis labios mientras acaricia mi vientre, donde se encuentra la pieza que falta para completar este puzle que con tanta ilusión siempre he querido crear. Nunca es demasiado tarde para cumplir un sueño.

Nos traen unos cócteles deliciosos del chiringuito de la zona y nos los bebemos con gusto, el mío

sin alcohol, por supuesto. La verdad es que están deliciosos, tengo que pedirles la receta para hacerlos en casa.

Me quito el pareo cuando veo que Sebastián se va al agua, es hora de un baño. Nos bañamos entre abrazos, besos y ahogadillas, hasta que es la hora de una de nuestras actividades del día.

Hemos contratado un *pack* donde puedes hacer submarinismo y después nadar con los delfines y, ¿quién demonios no querría hacer eso? Es el sueño de todo ser humano, así que no íbamos a decir que no.

El instructor apareció poco después con los trajes de neopreno, que nos pusimos sobre el bañador, los zapatos, esos que parecen unas aletas y que no sé cómo demonios se llaman, y la máscara para respirar con las bombonas de oxígeno y el tubo.

Si con tantas cosas, más que a bucear parecía que fuéramos a una fiesta de disfraces. Y aquí estamos, en el fondo de este bonito mar que envuelve la isla disfrutando de vistas más que impresionantes.

El agua transparente nos envuelve por completo, transportándonos a un mundo lleno de pureza y de vida, donde las algas y los corales son los protagonistas, llenando de color todo lo que hay a nuestro alrededor.

Lo primero que puedo observar es muchísima vegetación. Sabía que había, ¿pero tanta? Sí, mucha más de lo que nadie se imagina.

Seguimos nadando hasta encontrarnos con los primeros peces, que nos saludan y nadan a nuestro alrededor, buscando jugar o simplemente analizarnos como intrusos que han llegado para entorpecer su apacible vida.

Acariciamos peces de todos los colores, vemos pulpos y cangrejos e incluso a lo lejos algún que otro tiburón, algo que me asusta un poco, para qué nos vamos a engañar, pero llega el momento de

terminar lo que creo que ha sido una de las experiencias más bellas de mi vida, e intento hacer fotografías mentales para no olvidar nunca la magia que hemos vivido en estas aguas que tanto nos han ofrecido.

Cuando salimos del agua y dejamos en la orilla las bombonas de oxígeno, el traje de neopreno y otros cachivaches que nos han hecho ponernos, caminamos junto con el instructor a otra de las zonas de la isla.

No está muy lejos, pero caminamos un buen trecho hasta que veo lo que tanto ansiaba experimentar, los delfines. Son mis animales preferidos y siempre he soñado con ir a nadar con ellos.

Antes tenía posibilidades para hacerlo, pero *Nathan* nunca quiso acompañarme y al final fueron pasando los años, supongo que me conformé en vez de vivir la aventura, aunque fuera en solitario.

Ahora es el momento de hacerlo y con la persona con la que quiero vivir, no solo esto, sino todo a partir de ahora. Le sonrío y tomo su mano para que sepa que lo quiero, desde que lo vi en aquella clase de la Facultad de Derecho, en Madrid.

Nos metemos en el agua y nos cogemos de la aleta superior del delfín, sin hacerle daño, para pasear con él. Canta, salta, buce y con él, yo mientras Sebastián alimenta al suyo, le canta, lo besa y acaricia antes de jugar con ella o él.

Por un momento me pongo hasta celosa por el delfín, puede que esta noche yo le haga de delfín para que también juegue conmigo. Pese al embarazo, seguimos teniendo relaciones sexuales de lo más interesantes.

Hemos aprendido a evolucionar en lo que al sexo se refiere, encontrar un punto en el que nos sintamos cómodos los dos, sin ataduras ni mentiras, mostrándonos tal y como somos, dejándonos llevar y complaciendo al otro.

Y ese, entre muchos otros, es el secreto de nuestra relación. Somos exactamente uno para el otro, aunque no seamos los tres mosqueteros, ni mucho menos.

Nos pasamos la tarde con los delfines, e incluso me canta el mío y me besa en la mejilla, bueno, se restriega contra mi cara, pero quiero pensar que eso es un beso, porque me hace una ilusión tremenda que sea así.

Sabe que estoy embarazada, porque no deja de acariciarme el vientre con ese precioso morro. Si es que por algo dicen que son de los animales más listos que existen, solo hay que verlos. En otra vida quiero reencarnarme en un delfin, lo tengo clarísimo.

Cuando todo se oscurece y ya es hora de volver a casa, decidimos hacer una barbacoa al aire libre, en casa tenemos todo lo que necesitamos. Es ahora una de nuestras residencias permanentes, por tanto, está provista de todo lo que podemos necesitar.

Hago la cena tras ducharme mientras que Sebastián está haciendo no sé qué en la playa. Creo que me está preparando una sorpresa y no quiere decirme qué es, claro, si no, no sería una sorpresa.

Cuando ya lo tengo todo listo, me mando un mensaje al móvil porque no sé dónde está ni lo veo en la zona de la playa a la que considero nuestra. Me manda un mensaje con una ubicación.

La verdad es que estoy algo cabreada, me he pasado un buen rato para cocinar esta deliciosa cena, pero se va a enfriar porque quiere que ahora vaya a dar un paseo, pero lo que sea por él, será que él no ha hecho cosas por mí...

Camino hacia la posición que me indica y ya lo estoy viendo desde lejos. Escrito en la orilla del mar, hay un "te amo, Lara" escrito con piedras. Es lo más bonito que han hecho nunca por mí.

Lo abrazo y beso sus labios de la forma más dulce que ha existido nunca. Es la mejor persona que he conocido nunca y desde que estoy con él, me siento completa y la más feliz del mundo, él me hace ser mejor.

Acaricio su rostro y le sonrío, porque es la mejor manera de hacerle saber a alguien que te hace feliz y dichosa, que no hay nada que pueda estropear ese momento, porque solos estáis los dos.

Volvemos a casa cogidos de la mano y degustamos la carne a la barbacoa, aunque ahora un poco más fría de lo normal, pero no importa, el tiempo que he pasado para ver la preciosa sorpresa de mi chico ha merecido la pena.

Después nos sentamos en la orilla de la playa para ver las estrellas, que nos bañan el rostro con su luz, es algo que hacemos cada noche porque es especial para nosotros. Luego, hacemos el amor sobre la arena, como casi todas las noches.

Es nuestra playa y no hay ojos indiscretos que puedan molestarnos, así que nos amamos en silencio, mientras el salitre acaricia nuestros cuerpos con la brisa que nos acaricia alrededor.

Y como cada noche, sé que él y solo él, es el amor de mi vida. Como dice la canción...

“Quiero vivir la vida amándote”

En este caso, amándole...



EPÍLOGO: Eternidad (Sebastian)

Estoy muy nervioso. Hoy es el día de la verdad. He ido a comprarlo y no sabía qué escoger, ninguno me parecía suficiente para ella, pero al final encontré uno. Era sencillo, no muy ostentoso, pero cuando lo miraba la veía a ella.

Lo he comprado y ahora voy directamente al cine. Hemos quedado allí. Vamos a ver la única comedia romántica que hay en la cartelera. Sé que la he dejado mucho tiempo sola y en su estado no debería hacerlo, pero es que no podía hacer esto con ella.

Lo he organizado todo y solo espero, rezo a quien sea y cruzo los dedos para que todo salga bien. La veo llegar a lo lejos, está preciosa con ese vestido de lino blanco, parece una diosa griega.

La tomo de la mano y beso su dorso antes de entrar en la sala. Hay mucha gente, aunque no está abarrotada, así que nos sentamos con las palomitas en la mano y las bebidas en el cubículo para el asiento.

Estoy muy nervioso y más cuando las luces de la sala se apagan y la pantalla se enciende. Todo el mundo se calla y la música suena. Aparece una foto de los dos cuando éramos adolescentes mientras se escucha cómo hablo mientras van pasando fotos de nosotros. De ella sola, de mi solo, de ambos, de todas las épocas.

La miro de reojo y veo que tiene lágrimas en los ojos mientras mira las imágenes y escucha las palabras que voy diciendo cuando el vídeo va pasando.

Sabes que te quiero, pero quiero que sepas por qué lo hago. Debes saber que desde que te conocí soy feliz a tu lado porque me haces reír, porque me haces temblar, porque me haces soñar. Soy tan feliz contigo porque cada día noto el respeto que me profesas, la aceptación de mis tonterías y de mis pasiones y sobre todo que te guste como soy y no intentes cambiarme. Soy feliz a tu lado porque al fin puedo sentir que soy parte del mundo. Soy feliz porque haces

fáciles los problemas y siempre encuentras las soluciones a ellos, porque hemos creado una complicidad fuera de lo común y porque contigo todo ha cobrado sentido. Donde soy más feliz es entre tus brazos. Sabes que quizá no soy el mejor expresando lo que siento, pero voy a intentar decírtelo de la única forma que sé. No usaré licencias poéticas, ni metáforas, sin versos ni rimas. Simplemente te diré que te amo con toda mi alma. Eres la mujer de mi vida y podría escribírtelo en medio de la playa, e mayúsculas, con piedras, como ya te puse un te amo. Te quiero por tu forma de colorear mi vida, por ese chute de energía que me das cada día, por las risas compartidas y por los secretos desvelados, por todo eso eres especial para mí. Y por todo eso y por más te admiro, porque eres la mujer más fuerte y formidable que he conocido nunca. Eres grande y generosa y me has enseñado a amar, nunca lo había hecho antes hasta que te encontré en aquella clase y pusiste mi mundo patas arriba. No es solo amor lo que siento por ti, es devoción lo que siento. Te amé, te amo y te amaré por siempre, Lara. Y ahora te haré la pregunta que llevo tiempo queriendo hacerte. ¿Me harías el inmenso honor de convertirte en mi esposa? Prometo amarte eternamente, cuidarte y protegerte más allá del fin de nuestros días.

La miro y me arrodillo como puedo entre las butacas del cine para sacar del bolsillo de mi americana la caja y abrirla para colocarla delante de ella mientras en mi cabeza solo ronda la idea de que espero que le guste el anillo, que he escogido con tanto detenimiento.

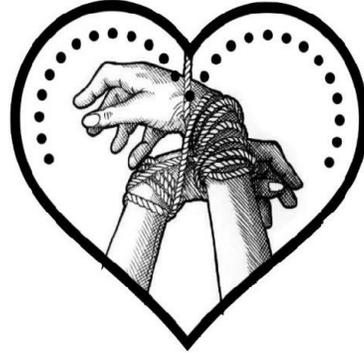
Ella, con lágrimas en los ojos, asiente y me besa mientras el resto de los asistentes de la sala nos vitorea y aplaude a partes iguales. Todavía no me creo que haya dicho que sí, todavía no me creo que por fin vaya a convertirse en mi esposa.

Ese era mi sueño, el futuro que veía cuando cerraba los ojos, aunque nunca se lo confesé. Y ahora ese sueño se ha hecho realidad y me siento la persona más dichosa del mundo.

La tomo entre mis brazos, a la mierda la película, y me la llevo de allí, porque hoy empieza el principio de nuestra nueva historia, con nuestra pequeña, a la que ya adoro sin siquiera haberla

visto, y no hay nada mejor para empezar a escribir una nueva historia que sellar la tinta con nuestro amor.

Así que voy a hacerle el amor ahora mismo a mi futura mujer. Mi mujer, qué bien suena eso. Y pienso dejarla temblando, como estoy yo desde el primer día en que la vi.



FIN